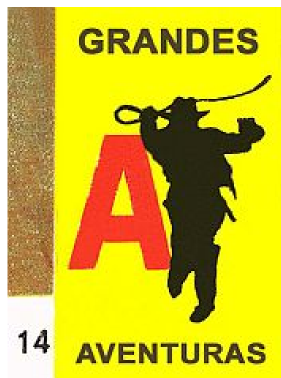
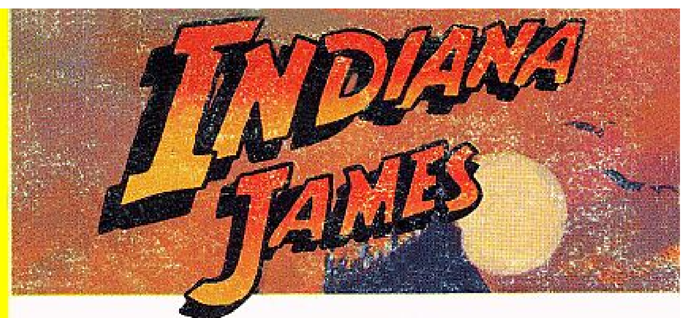




EL FILO DEL AULLIDO

Por aquella época me ganaba la vida aporreando a la gente. Éste es un trabajo que tiene muchos nombres; por ejemplo, el que usaban mis jefes para referirse a mí: «Encargado de seguridad». Usaban esa expresión, pero pensaban en una palabra mucho más corta: Matón.

Matón de discoteca. Tal como suena. Encargado de seguridad en The Frozen Birds, el local de New Jersey al que peregrinaban ejecutivos, artistas y profesionales de Nueva York por la simple razón de que estaba de moda.



Indiana James

El filo del aullido

Bolsilibros - Indiana James - 14

ePub r1.0
LDS 19.04.18

Título original: *El filo del aullido*
Indiana James, 1986
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



GRANDES



AVENTURAS

PRÓLOGO

Conocí a Jessica Mart un martes.

No recuerdo el mes, tendría que hacer cálculos para precisar el año…, pero sé que fue un martes, porque ése era el día de la semana en que pasaban *Los locos Thorndike* por la CBS. Se trataba de una serie televisiva basada en las peripecias de una familia cuyos miembros se metían en los líos más inverosímiles al intentar resolver los problemas más peregrinos. La serie era irreverente y divertida; a mí me gustaba. Sólo duró una temporada, y ésta es la mejor prueba de que era buena.

Entonces Jessica debía tener unos once años e interpretaba el papel de la tercera de las cuatro hijas del matrimonio. Yo tenía trece y me enamoré un poco de ella. Aun hoy conservo la foto suya que me mandó la productora cuando me decidí a escribirla. La foto muestra un primer plano de una niña de pelo rizado riéndose con la boca y con los ojos. En realidad, toda la instantánea es una gran sonrisa, y siempre que las cosas se ponían mal, la miraba para recuperar el optimismo perdido:

—No todo marcha mal en este mundo, Indy —me decía—. Todavía hay quien puede sonreír.

Pasara lo que pasara en el mundo, o en la vida particular, ella siempre estaba allí, sonriendo. Puede parecer tonto —y probablemente lo sea—, pero aquella foto llegó a significar mucho para mí.

Supongo que todo el mundo necesita algo a lo que aferrarse. Yo me había aferrado a la sonrisa de una desconocida, de la que no sabía nada desde que dejó de emitirse la serie. Pensaba que era mejor así; cuanto más lejano es tu agarradero, menos probabilidades hay de que acabe fallándote.

Mi chaleco de cremalleras, mi pasaporte y la sonrisa de Jessica Hart: con este equipaje he recorrido los cinco continentes,

sobreviviendo al horror y a la destrucción. En los relatos de mis anteriores aventuras nunca había mencionado a Jessica. La razón es simple: Hay cosas que jamás debieran contarse. Y ésta es una de ellas.

Pero mientras yo guardaba mi secreto, la vida iba preparándome una de esas bromas de mal gusto que de tanto en tanto prodiga. Y hoy tengo que desvelarlo.

… porque la Jessica Hart que reencontré al cabo de los años, había perdido su sonrisa.

Capítulo primero

Por aquella época me ganaba la vida aporreando a la gente. Éste es un trabajo que tiene muchos nombres; por ejemplo, el que usaban mis jefes para referirse a mí: «Encargado de seguridad». Usaban esa expresión, pero pensaban en una palabra mucho más corta: Matón.

Matón de discoteca. Tal como suena. Encargado de seguridad en The Frozen Birds, el local de New Jersey al que peregrinaban ejecutivos, artistas y profesionales de Nueva York por la simple razón de que estaba de moda.

Conseguí el empleo casi por casualidad: Una noche acudí como cliente al local y me vi obligado a noquear a un energúmeno borracho que se empeñaba en comprobar con el tacto si mi pareja, Zenna Davis, llevaba bragas. Resultó ser el matón de la sala: De inmediato se le concedió la baja y me ofrecieron a mí la vacante. También yo estaba un poco achispado y acepté.

Al día siguiente, ya más sobrio, me dio pereza renunciar. «Una experiencia más», me dije. Además, me habían pagado un mes por adelantado.

Mi trabajo consistía en pararles los pies a aquellos que se pasan de la raya. Con algunas precisiones: Si el que se pasaba era un cliente distinguido, debía usar el tacto y la diplomacia; si se trataba de un don nadie, tenía que machacarle a conciencia.

En resumen, una actividad bastante asquerosa de la que no tardé en sentirme profundamente avergonzado. Traté de introducir ciertas dosis de civilización en aquel trabajo de troglodita pidiendo corteses excusas a los borrachos-don-nadie de turno antes y después de vapulearles, pero nadie apreció el detalle. Los clientes me miraban con una mezcla de temor y desdén.

Entre bronca y bronca, mientras esperaba a que concluyera el

mes, pasaba las horas preguntándome por qué diablos no devolvía el dinero adelantado y me largaba con viento fresco.

—Porque esto es lo tuyo, porque te gusta, porque no sirves para otra cosa —me dijo una noche Norman Gilbert.

—Porque di mi palabra de que podrían contar conmigo durante un mes —protesté yo.

—Ja, ja.

Norman y yo habíamos ido al mismo instituto. Nunca fuimos amigos. El pasaba el tiempo empollando y sacaba sobresalientes: yo tocaba en un conjunto de *rock* y aprobaba por los pelos.

—Siempre supe que acabarías así. James. Hay gente que es incapaz de controlar sus impulsos más elementales, de ordenar debidamente su vida. Y tú eres un buen ejemplo. —Puso un poco de miel en su veneno sonriendo y palmeándome el hombro—: Pero me ha gustado encontrarte aquí, caramba.

Claro que le había gustado. Le había entusiasmado, de la misma forma en que a un perro le entusiasma encontrar una buena farola. Ahora procedía a satisfacer a mi costa esa necesidad fisiológica de sentirse superiores que tienen todos los gilipollas del mundo.

Pero no me afectaba. No podía afectarme lo que él dijera, a pesar de que se había convertido en la misma imagen de la prosperidad: Abrigo de piel de camello, traje de dos mil dólares, zapatos y camisa italianos… y pajarita. Sí, usaba pajarita. Lo juro.

Trató de apabullarme contándome que era asociado *júnior* en Schulman & Bernstein,
«el mejor bufete de abogados del país». Tenía grandes perspectivas y un futuro sin límites, agregó. A mí seguía pareciéndome el retrato robot del perfecto gilipollas.

—¿Te casaste con Karen Wrigth? —le pregunté para frenarle un poco y cambiar de tema. Karen era su novia en los tiempos del instituto.

—Lo de Karen fue una cosa de críos. Estoy casado, sí, pero con otra. No la conoces. —Se lo pensó mejor—: O quizá sí. De niña trabajaba en televisión. ¿Te acuerdas de una serie llamada *Los locos Thorndike?*

—¿*Jessica Hart*? —Casi se me cae el vaso de las manos.

—Ah, veo que tienes buena memoria. Sí, Jessica es mi mujer. Tenemos una hija.

Yo no podía creerlo. Así, de golpe y sin darse cuenta, había conseguido por fin impresionarme. Me había dejado hecho polvo.

—¿Está aquí? —conseguí articular.

Norman se rió y señaló con un gesto a una rubia bien dotada de todo que bailaba *reggae* en la pista:

—He venido con Didí. Un hombre que tiene un buen trabajo y un buen hogar merece una recompensa de vez en cuando, ¿no te parece?

Estaba tan confundido que asentí maquinalmente con la cabeza. Jessica Hart casada con aquel espécimen. Dios mío. ¿Es que no había justicia en el mundo? ¿Es que el dinero y el éxito podían comprarlo todo? Sentí que empezaba a odiarle. Irracionalmente, considerando que tenía algo que era mío, algo que me había quitado para siempre.

—Tengo que atender unos asuntos, Norman. Luego nos vemos.

Huí rápidamente de su lado y me refugié en el segundo piso del edificio, donde estaban los despachos y las dependencias del personal. The Frozen se alza en lo alto de una colina barrida por todos los vientos del mundo, de ahí su nombre[1]. A través de la ventana contemplé ensimismado el paisaje invernal, de nieve y hielo, que se prolongaba ladera abajo. Un camión con tracción en las cuatro ruedas doblaba la última curva de la carretera que ascendía hasta la discoteca. Me pregunté adónde iría. Me pregunté también adónde iba yo. Se acercaba la Navidad y Jessica Hart llevaba años convertida en Jessica Gilbert. De repente me sentí más solo que la luna en su órbita.

Busqué la foto de Jessica en mi cartera. Quizá había llegado el momento de romperla en mil pedazos, o de quemarla. A partir de ahora, al mirarla pensaría también en Norma Gilbert, y eso lo estropearía todo.

Cogí un cenicero, encendí una cerilla y la acerqué al borde de la foto.

En ese momento, a través del cristal, vi a Norman Gilbert saliendo de la discoteca. Iba acompañado por dos hombres vestidos de esquiadores de pies a cabeza, incluidos descansos, gorros y gafas de pantalla. Tales indumentarias no eran nada del otro mundo en The Frozen Birds, donde cada cual hacía lo que podía por dar la nota.

Pero lo llevaban del hombro, casi en volandas, de la forma en que se lleva a los borrachos. Y yo sabía que no lo estaba. Nadie puede emborracharse de dos minutos.

La llama de la cerilla me quemó los dedos. Juré por lo bajo y la apagué.

Norman y los dos esquiadores habían llegado a un punto desde donde no podían ser vistos desde la entrada del local. Y a ese mismo punto había llegado el camión. Y el camión frenó, y alguien abrió desde dentro la puerta trasera y en un instante Norman y los dos tipos desaparecieron en el interior de la caja.

El vehículo dio la vuelta, para enfilar la bajada.

—¡Mierda! —grité yo—. ¡Le están secuestrando!

Tenía la sensación de haber llegado un poco tarde a esta conclusión. Me incorporé de un salto y bajé corriendo a la sala.

Todo estaba en orden. La gente bailaba, conversaba o tomaba copas. Incluso Didí, la rubia bien dotada, seguía exhibiéndose en la pista. Los esquiadores habían hecho un trabajo limpio y discreto.

Corrí hasta la entrada y me encaré con el portero.

—Acaban de salir tres tipos, ¿no?

—Sí; dos pirados que iban de carnaval y un petimetre más borracho que Noé cuando encontró la bota —contestó sin hacerme mucho caso. Estaba ocupado enrollándose a una chica que pretendía entrar sin pagar.

—¡No estaba borracho! ¡Le han secuestrado, maldita sea! ¡Llama inmediatamente a la policía y dales la descripción del camión!

El portero alzó una ceja.

—¿De qué camión?

Yo miré en derredor. El vehículo había desaparecido ya de la explanada. Débil, se oía el roncar de su motor, colina abajo. Rápidamente, me hice una composición de lugar, y esto me puso todavía más nervioso: Había unos cuatro kilómetros hasta el llano; una vez allí, tras un corto tramo de carretera general se llegaba a un punto de acceso a una red de autopistas. Si el camión lo alcanzaba, las probabilidades de encontrarlo se reducirían prácticamente a cero.

Eché a correr de nuevo, esta vez hacia el aparcamiento de la discoteca, que estaba a unos ciento cincuenta metros. Tenía un viejo Ford que usaba para ir y venir del trabajo. Lo tenía sí, pero cuando

llegué hasta él caí en cuenta de que no tenía las llaves: Las había dejado en mi taquilla, en el segundo piso del edificio.

Perdí los estribos. Le pegué una patada al coche, corrí hacia la carretera, me detuve, volví atrás, gesticulé mucho, resbalé en el hielo y me di de bruces contra el asfalto. Finalmente, regresé a toda velocidad hasta la entrada de la discoteca, donde el portero y la chica habían olvidado su conversación y me miraban con poco disimulado interés.

—¡Eh, Indy! ¿Estás bien? Eso que dices del secuestro…

Le agarré por los hombros, zarandeándole:

—¡Dame las llaves de tu coche! ¡Rápido!

—No, no… —Abría mucho los ojos, aterrorizado. Debía parecerle un demente peligroso. Le zarandeé más fuerte—: ¡Que no tengo coche, Indy, que subo con Joe el jefe de camareros…! —consiguió explicar por fin.

—¿¿¡¡Y por qué no lo tienes, maldita sea!!?? —le grité exasperado a la cara. Me di cuenta de que había perdido el control y lo solté. Traté de calmarme. A aquellas alturas, ni siquiera con un coche había muchas posibilidades de alcanzar al camión antes de que llegara a la general.

Con un coche no, pero con unos esquís…

Me volví hacia la chica. No llevaba esquís, desde luego, pero sí un magnífico impermeable de plástico. Ella dio un paso atrás al ver que la miraba.

—Eh, no te asustes. Sólo quiero que te quites el impermeable —traté de sonreír tranquilizadoramente mientras lo decía, pero me debió salir una risita de maníaco, porque la chica hizo ademán de echar a correr.

La agarré por el brazo. No había tiempo para explicaciones. De cuatro tirones, a pesar de su resistencia, le arranqué materialmente el impermeable del cuerpo. Chillaba como una condenada. No era para menos. El portero vino en su ayuda y le derribé de un puñetazo. A un cliente que acudía corriendo al reclamo del estrépito, le mandé de regreso al interior de la discoteca de una contundente patada.

—¡Lo siento mucho, de verdad! ¡Perdonad! —grité mientras corría con el impermeable hacia el límite de la explanada.

Era mi única oportunidad. La carretera recorría la colina

serpenteando por las laderas. Yo podía bajar en línea recta, deslizándome a toda velocidad sobre el impermeable de plástico, usándolo a modo de trineo.

No me lo pensé dos veces. Problemas como qué haría una vez alcanzara el camión, ya los resolvería en su momento. Me senté sobre el impermeable y dejé que la pendiente y la nieve helada hicieran el resto.

Si alguien cree que éste es un sistema poco rápido de avanzar, le aconsejo que lo pruebe. Son sorprendentes las velocidades que llegan a alcanzarse. Máxime cuando, inesperadamente, la pendiente se convierte en casi vertical. A los pocos segundos volaba materialmente. El viento helado me obligaba a entornar los ojos. Por suerte, no había árboles en aquella colina, aunque sí muchos arbustos que me abrazaban efímeramente a mi paso, quedándose con unos jironcitos de piel de la cara o de las manos como recuerdo. Alguna que otra piedra me calentó un poco las partes nobles, que se estaban quedando heladas sobre el impermeable. Pequeños problemas sin importancia.

Porque el gran problema se presentó en el punto donde la carretera se cruzaba por primera vez en mi trayectoria. Gran parte de la carretera estaba literalmente excavada en la colina. Había un talud de cinco metros de altura a cada lado. No podía frenar; no hubiera podido aunque hubiera hundido las piernas en la nieve helada, hasta las rodillas.

Agarré el impermeable, cerré los ojos y sentí el vacío bajo mí.

El golpe fue brutal. Como si me hubieran pegado un mazazo en la parte inferior de la columna vertebral. Pero aterricé en el otro lado, y aún me sobró un metro. El impulso y la pendiente me hicieron continuar el viaje viento en popa a toda vela.

Otro tramo de ladera. Otro talud sobre la carretera. Un nuevo salto y un nuevo aterrizaje. Empecé a imaginar que le estaba cogiendo el tranquillo a la cosa. Indiana James y su impermeable mágico volaban.

Pero ¿volaban lo suficiente?

Ése fue el interrogante que se me planteó con urgencia unos doscientos metros más abajo, al acercarme de nuevo a la carretera. Porque en ese punto la carretera era más ancha y tenía mucho más arcén: En total, debía haber unos quince metros entre talud y talud,

una distancia que no conseguiría salvar a pesar del impulso que llevaba.

Clavé desesperadamente los talones en la nieve, pero ya no podía hacer nada: Era como intentar detener la marcha de una locomotora soplando. Tuve una visión fugaz del camión apareciendo por un recodo de la carretera. El corazón se me paró y luego se puso a latir desesperadamente. Tal vez alucinaba, pero en aquel momento me pareció que latía a ritmo de SOS. Tres puntos, tres rayas, tres puntos. Muy de prisa.

Por lo menos, en momentos como éste, no hay tiempo para amargarse con recriminaciones…, ni siquiera para asustarse demasiado. Salí despedido por el talud, sentí que subía, luego que caía y me estrellé sobre la caja del camión.

Era metálica, pero la abollé. También se abollaron todos mis huesos.

El techo del camión era liso y resbaladizo. Moví brazos y manos intentando agarrarme a lo inagarrable. Me pregunté si los de dentro habrían notado algo y tuve una respuesta inmediata cuando el vehículo comenzó a acelerar salvajemente.

Resbalé hacia adelante, luego hacia un lado y un segundo después, de alguna manera, me vi colgando a un lado de la caja, agarrado con la punta de los dedos a una especie de desagüe que corría por la arista superior de la caja.

En la cabina, alguien abrió una ventanilla. Alguien a quien no podía verle el rostro. Me bastó con ver un brazo enfundado en un anorak en cuyo extremo una mano sujetaba, señalándome con el cañón, una «Magnum» del calibre ni se sabe.

—¡Comprendido! —grité—. ¡No aceptáis autoestopistas! ¡Tranquilos, que me apeo! —Y me solté.

El conductor tuvo una idea brillante: Laminarme con las ruedas traseras del monstruo mecánico, convertirme en algo muy parecido a un excremento de perro pegado al asfalto. Por eso dio un brusco giro en el preciso momento en que yo caía. Rodé instintivamente sobre la carretera. Ciento cincuenta kilos de rueda me rozaron la cara y me vi bajo el camión. En una fracción de segundo el monstruo pasaría de largo y se alejaría para siempre.

Ah, no. Por lo visto eso era algo que mi subconsciente no estaba dispuesto a permitir. Tuvo que ser mi subconsciente el que se

agarró al guardabarros trasero, porque mi consciente estaba pidiendo descanso a gritos.

Fue entonces, con el camión lanzado de nuevo a toda velocidad y yo abriendo dos surcos en el asfalto con las puntas de mis zapatos y respirando aromas a tubo de escape, cuando se me ocurrió preguntarme por qué diablos me estaba jugando el tipo por un gilipollas como Norman Gilbert.

No era el mejor momento para hacer exámenes de conciencia, pero llegué rápidamente a la conclusión de que lo hacía por Jessica Hart. Norman era un mamarracho, pero debía ser importante para ella. Y yo, de alguna manera, estaba en deuda con Jessica.

En cuestión de segundos mis zapatos dejaron de tener punteras y se convirtieron en un magnífico par de sandalias. Comprendí que no podía permitirme el siguiente paso: Que mis piernas dejaran de tener pies y estrenaran muñones.

Hice lo que pude por convertir mi brazo izquierdo en una barra de acero soldada al guardabarros por un extremo y a mi hombro por el otro, solté el derecho y tanteé más abajo, hasta encontrar una especie de gancho para remolques. Con dos puntos de apoyo a diferente altura, impulsé el cuerpo hacia un lado, logrando enganchar un pie en un extremo del guardabarros. A partir de aquí, todo fue más sencillo. Solté el guardabarros y proyecté el brazo izquierdo hacia arriba. Mis dedos rozaron la manija de la puerta trasera, un asidero fuerte y seguro. Un esfuerzo más y conseguí agarrarla.

Me colgué de ella, pensando en cogerla con la otra mano y descansar un poco apoyando los pies en el guardabarros.

Craso error. *No habían asegurado la puerta por dentro.* Cedió la manija, la puerta se abrió y me vi colgando en el vacío. Oí gritos y órdenes procedentes del interior de la caja.

En ese momento, el camión enfilaba una curva. La puerta volvió hacia su posición anterior. Alguien abrió la otra. Dos brazos me agarraron por el cuello y tiraron brutalmente de mí hacia dentro.

Caí como un saco de lastre sobre el suelo metálico de la caja del camión. Quedé unos instantes medio idiotizado a causa del golpe. Detrás de mí, alguien cerró las puertas. Luego noté el tacto frío de un cañón de pistola en mi nuca. Se oía un murmullo de conversación, mezclado con un débil lloriqueo.

—Bien, amigo —se destacó una voz—. Ahora, nos dirás por qué tenías tanto interés en ayudar a Gilbert. Levanta la cabeza.

Obedecí. Ya se sabe que los secuestradores son gente poco común; estaba preparado para ver cualquier cosa. Palabra.

Pero no para lo que vi.

CAPÍTULO II

La mitad delantera de la caja del camión estaba ocupada por un quirófano de campaña.

No faltaba nada: Una bandeja con instrumental médico, frascos de suero, cánulas, vendas e incluso una rudimentaria instalación eléctrica. Todo ello alrededor de la camilla atornillada al suelo sobre la que estaba Norman, atado a los barrotes con las piernas y los brazos en cruz.

—¡James, ayúdame, haz algo, por Dios…! —chilló al verme.

Poco podía hacer yo. De los siete esquiadores que había allí dentro, tres llevaban batas verdes de cirujano sobre sus ropas deportivas. Otros tres permanecían sentados en el suelo, entre fardos de armamento y material bélico. Vi cajas de granadas y un bazooka. Me pregunté en qué guerra estarían metidos.

El último esquiador, el que tenía detrás, me clavó el cañón de su pistola en el plexo solar cuando me levanté y me di la vuelta:

—Repito: ¿De qué le conoces?

Era el único que se había quitado las gafas panorámicas. Tenía un rastro de rasgos eslavos, cejas enmarañadas, barba cerrada y ojos grises, de mirada inexpresiva.

—Fuimos al mismo colegio —expliqué. No tenía sentido mentir —. No le había vuelto a ver hasta esta noche. Soy encargado de seguridad en The Frozen Birds.

—O sea: Matón. ¿Por qué te has jugado el pellejo por Gilbert?

«Porque soy tonto», pensé.

—Porque sí —dije—. Supongo que entre las obligaciones contractuales de un *matón* de discoteca está la de impedir que los clientes sean secuestrados ante sus propias narices.

—Muy gracioso. —Me empujó hacia el quirófano—. Acércate a

la luz.

Obedecí. Uno de los cirujanos movió un foco para que la luz me diera directamente en los ojos. Me ordenaron que los mantuviera abiertos, sin parpadear. Ellos me miraban fijamente a la cara. No tenía ni idea de lo que buscaban. Por fin, no pude más y los cerré.

Pero, de alguna manera, comprendí que había pasado el examen. Me ataron de pies y manos, me tiraron en un rincón y parecieron olvidarse de mí.

El camión giró y empezó a dar tumbos. Adiviné que nos habíamos metido en un camino vecinal. En la caja nadie decía nada: sólo se oían los gemidos de Norman. Al cabo, nos detuvimos.

De inmediato. Ojos Grises se acercó a la camilla.

—Por última vez, Gilbert. ¿Dónde están tu esposa y tu hija?

Sentí un escalofrío al comprender que no era a Norman, sino a Jessica a quien querían.

—No lo sé… —lloriqueó Norman con muy poca convicción—. ¡De verdad, no lo sé!

—Lo sabes perfectamente. Y también sabes que nos lo vas a decir, porque de otro modo…

—¡… me mataréis de todas formas! ¡No tengo garantías! ¡Por favor, por favor, por favor…!

—No te mataremos —pronunció Ojos Grises. Se volvió hacia uno de los que llevaban bata—: Puedes empezar Ern.

Con toda la desidia del mundo, sin hacer el más mínimo caso de las súplicas de Norman, como un dentista trabajando fastidiado por las quejas de un paciente hipocondríaco, el tal Ern cogió unas tijeras y empezó a cortar las ropas de Norman. Las perneras de los pantalonesa la altura de los muslos. Las mangas de la camisa italiana a la altura de los hombros.

Uno de los ayudantes procedió a aplicar yodo sobre los antebrazos y la zona de las ingles.

Luego, Ern empuñó una sierra dentada.

—No te mataremos —repitió Ojos Grises—. Si no hablas, vivirás. Tienes mi palabra. Te cortaremos las dos piernas y los dos brazos y te haremos una pequeña incisión en el nervio óptico, pero no te mataremos. Contamos con el material y los conocimientos necesarios para realizar la operación con garantías. Incluso tenemos sangre de tu grupo para las imprescindibles transfusiones. Confía en

nosotros.

Norman aulló. Le comprendí perfectamente. Desde donde me hallaba podía ver su rostro. Lo tenía crispado, alucinado. Sudaba litros. Pensé que se derrumbaría en cuestión de segundos.

—No lo sé... ¡Juro que no sé dónde están! —Yo empezaba a admirarle. Aguantaba más de lo que había esperado.

—Tú lo has querido. Puedes amputar, Ern.

Ern clavó los dientes de la sierra en el muslo de Norman.

—¡Están en Sil Valley, a doce millas de Stonefield, en una granja! —recitó de corrido Norman. Y se echó a llorar.

Ojos Grises no pareció conmoverse. En absoluto.

—¿Hay gente con ella?

—Sí...

—¿Cuántos?

—Tres. Están armados. ¡Por favor, dile que aparte la sierra!

Esta vez le hicieron caso. Comprendí que de momento no nos harían nada. No hasta que hubiera concluido su operación.

Ojos Grises cogió un mapa, se caló las gafas y el gorro de esquiar y salió al exterior. Habló brevemente con los de la cabina, regresó y nos pusimos en marcha.

Esta vez el viaje duró más de una hora. Primero sobre asfalto y más tarde de nuevo sobre tierra. Los esquiadores apenas hablaban. Los que llevaban bata se la habían quitado y se dedicaban, como los otros, a revisar su armamento. Se creó un ambiente denso y cargado que ya conocía: La tensa espera de un grupo de hombres que van a entrar en combate.

En combate... ¿contra quién? ¿Por qué? Eso era lo que yo ignoraba. Pero lo que no sabía lo podía imaginar. Se tienen ideas extrañas cuando uno está en una situación límite. Y a mí me dio por pensar que todos aquellos hombres y todo aquel arsenal tenían como único objetivo destruir para siempre la sonrisa de Jessica Hart. Y les odié. Y deseé tener las manos libres para defenderla.

Por fin, el camión se detuvo y abrieron las puertas. Una ráfaga de aire helado nos recordó que estábamos en pleno invierno. Vi ramas de árboles y, más allá, recortándose contra la noche, una loma. El paraje parecía solitario.

Empezaron a descargar el armamento. Me llamó la atención que no se quitaran los guantes de esquiar, que les dificultaría su manejo.

Tuvieron un breve conciliábulo, uno partió a reconocer el terreno y, cuando regresó, marcharon todos menos otro que se quedó en la caja, vigilándonos a Norman y a mí.

Fuera, se oían pasos cautelosos y susurros nerviosos. Dentro, Norman lloriqueaba débilmente.

—Norman… —dije.

—James, he vendido a Jessica, estoy muerto, me matarán, soy una mierda…

—Has hecho lo que has podido. Yo no hubiera resistido tanto como tú. —Y lo decía sinceramente.

—A callar —ordenó nuestro vigilante.

De pronto, el silencio estalló en un apocalipsis de tableteos de metralleta, gritos, maldiciones, disparos y explosiones. El viento nos trajo una vaharada de humo que olía a pólvora quemada. La batalla se prolongó más de lo que yo había esperado. Por lo visto, les había fallado el factor sorpresa y los de la granja se defendían debidamente. Bien por ellos, pensé.

Atónito, identifiqué el característico silbido de morteros hendiendo el aire. Allí se estaba ventilando algo muy serio, y ambos bandos contaban con armamento pesado.

Una nueva explosión y, en el cielo, por encima de la loma, se elevó un fulgor de llamas. Un nuevo silbido, éste acercándose y una granada estalló muy cerca del camión.

El vehículo dio un salto, se ladeó la caja, un escupitajo de metralla atravesó una de sus paredes laterales como si fuera de cartón. Yo estaba en el suelo: Vi perfectamente las esquirlas pasar rozando sobre el cuerpo de Norman. Vi también a nuestro vigilante, que estaba de pie, estrenando un agujero en el cuello. Dio un salto y cayó muerto sin un gemido.

Una oportunidad inesperada.

Rodé por el suelo. Pude incorporarme a trancas y barrancas, apoyándome en la cimalla. Tenía las muñecas atadas a la espalda, lo que me dejaba un cierto margen de maniobra con los dedos. Conseguí agarrar un bisturí de la bandeja de instrumental médico. Lo manejé torpe y desesperadamente, flexionando los dedos hasta que me dolieron los nudillos. Se me cayó dos veces y dos veces lo recogí. Me hice una telaraña de rasguños y cortes en las muñecas, pero finalmente conseguir cortar la cuerda.

Librar mis pies y desatar a Norman fue cosa de segundos. Pero Norman se había quedado alucinado, sobrepasado por el terror, casi catatónico. No se movía.

—¡Norman, maldita sea! —Le di dos bofetadas para hacerle reaccionar.

Y reaccionó. ¡Vaya si reaccionó! De repente miró sus manos y sus pies, perplejo, dándose cuenta de que estaba libre, como si no pudiera acabar de creérselo. De un salto abandonó la camilla. Echó a correr por el camión, tropezó cerca de la puerta y cayó al exterior, rodando por el suelo. Ya se estaba incorporando cuando le alcancé.

—¡Déjame! —gritó descontrolado, forcejeando. Tenía ojos de loco. Desgreñado y con los pantalones cortados, parecía un niño rabioso y aterrorizado—. ¡Me matarán, me matarán! ¡Jessy no está en casa! ¡Me matarán de todas maneras!

—*¿Que Jessica no está en la granja*?

—¡Sí, claro que está! ¡No entiendes nada! ¡No puedes entenderlo! ¡Suéltame!

Al parecer no sabía ni lo que se decía. De un puñetazo le mandé al limbo. En su estado habría acabado haciendo alguna tontería.

Arrastré el cuerpo desmadejado unos cincuenta metros. Una hondonada cubierta de arbustos me pareció un buen lugar para ocultarlo. Ya lo recogería después.

Mientras, el fragor de la batalla había decrecido casi por completo. Se oía algún disparo aislado, como de francotirador, y los gritos ya no eran imprecaciones guerreras, sino más bien lamentos de heridos agonizantes.

Corrí hasta lo alto de la loma. Desde allí me pude hacer una composición de lugar.

El edificio de la granja se divisaba perfectamente, a unos trescientos metros, iluminado por el resplandor de las llamas que lo estaban consumiendo. Un granero anexo se había desplomado ya. Entre la loma y la granja, el terreno estaba sembrado de cadáveres.

Y ya ni un disparo, ni un simple fogonazo. El combate había concluido. Pero ¿quién había vencido?

Los esquiadores. Lo supe cuando tras unos árboles apareció la silueta de uno de ellos, armado con una metralleta. Avanzó precavidamente hacia la granja.

Entonces cometí la insensatez más grande de mi vida desde que

besé a Virgen Jane Scapin[2]. Pensé que tal vez Jessica y su hija aún estuvieran vivas, atrapadas en el edificio en llamas. Pensé que aquel tipo pretendía asegurarse de que no escaparan. Y me precipité hacia él sin preocuparme de ponerme a cubierto.

El esquiador me oyó cuando le tenía a unos veinte metros. Se volvió y me mandó una andanada de saludos con su arma.

Apenas si tuve tiempo de echarme al suelo. Caí de bruces, me revolví, buscando instintivamente alguna protección, y llegué a la conclusión de que la próxima ráfaga acabaría conmigo.

El esquiador se me había acercado. Me apuntaba desde una distancia de unos tres metros. Apretó el gatillo. *Click*.

Por suerte, la vida no es una mala película del Oeste, donde las municiones de los protagonistas jamás se agotan. El esquiador había agotado su cargador. Era cuestión de no darle tiempo a poner otro.

Y no se lo di, desde luego. Me incorporé de un salto y me lancé sobre él, todo a la vez, en menos de lo que dura un parpadeo.

El tipo debió pensar que en una pelea una metralleta siempre supone una ventaja, aunque esté sin balas. Intentó frenar mi embestida proyectando el cañón contra mi estómago. Emulé a los ases de la NBA, haciendo una finta en el aire, esquivé el golpe y me dejé caer al suelo. Sin solución de continuidad, agarré sus piernas y le derribé.

Cayó sobre mí. Nos revolcamos por el suelo con la metralleta entre ambos, agarrándola los dos por el cañón y la culata. El hacía presión, intentando romperme el cuello y yo hacía lo que buenamente podía para impedírselo.

Era Ojos Grises. Le reconocí a través de las gafas de pantalla.

Consiguió inmovilizarme. Estaba sobre mí. Hincó las rodillas en el suelo y se irguió, proyectando todo su peso sobre la metralleta. Sentí que empezaban a fallarme los brazos.

—Tú te lo has buscado —siseó—. Tú lo has querido.

Estaba tan ocupado saboreando su inminente victoria que se le olvidó que tenía un punto débil al descubierto. Se lo recordé levantando una rodilla y clavándola con un golpe seco y feroz entre sus piernas.

Eso es algo que siempre da resultado. Pareció como un globo que se deshincha al ser pinchado: Se le aflojaron los brazos, se encabritó todo su cuerpo e hizo un sonido rarísimo con la boca. De

inmediato, proyecté la metralleta contra sus gafas panorámicas. El cristal se resquebrajó como el parabrisas de un coche accidentado. Le tenía a ciegas.

El resto fue fácil. Le puse de pie y le pegué un puñetazo en el estómago para que me hiciera una cortés reverencia. No me pareció lo bastante versallesca, de modo que le golpeé acto seguido con las dos manos en la nuca para que besara el suelo que le había visto nacer. Cambié de idea y le detuve el rostro con la rodilla, asegurándole que no eran necesarios tantos halagos.

Quedó convertido en una cosa inmóvil, pegada al suelo.

A mis espaldas sonó un crujido, y luego otro, y otro. Las llamas estaban haciendo peligrar la estructura de la granja.

La puerta estaba desencajada. Tuve que apartar el cadáver de un tipo fornido, con chaleco antibalas y la cabeza reventada, para entrar. Supuse que sería uno de los guardaespaldas de Jessica.

Dentro, el calor era asfixiante, el aire irrespirable y la visibilidad nula. Avancé a tientas entre el humo. Tropecé con otro cadáver. Entre toses, grité una y otra vez el nombre de Jessica.

Ya estaba pensando en abandonar la búsqueda y salir en busca de un poco de aire, cuando oí un quejido. Quedé paralizado, a la expectativa. El quejido se repitió. Orientándome por el sonido y después de pegarme un par de trastazos contra las paredes, llegué a la cocina. Entre el humo, entreví una forma humana en el suelo. La silueta de una mujer vestida de rojo que respiraba con dificultad. En ese mismo momento se desplomaron el techo de la sala contigua y una viga de la cocina.

De alguna manera, no recuerdo cómo, me las arreglé para sacarla por una ventana. Daba a la parte trasera de la granja. Corrí y corrí, cargando con ella, hasta que juzgué que estábamos lo bastante lejos del fuego y el humo. Sentía los pulmones oprimiéndome el pecho como estaño fundido.

La dejé en el suelo, recostada contra un árbol y la cubrí con mi chaqueta de cremalleras.

Si no han entendido lo que les contaba en el prólogo, tampoco entenderán lo que sentí cuando, a la luz de las llamas, vi su rostro. Porque era Jessica Hart, sí…, pero no se parecía nada a la foto que llevaba en mi cartera.

Compréndanlo; no es que esperara que la sonrisa infantil se le

hubiera solidificado en el rostro por los siglos de los siglos. Habían pasado veinte años y estábamos en una situación dramática, de acuerdo. Claro que Jessica no sonreía. Claro que había envejecido. Pero, dioses, lo que había tomado el lugar de su sonrisa era una atroz expresión de angustia, algo que trascendía el dolor físico, el miedo a la muerte, *todo.* Se le notaba que esa angustia no era nueva, que había vivido con ella mucho tiempo. Había dejado un rastro en sus facciones. Y estaba más blanca que el papel sobre el que escribo esta historia.

Me sobrepuse rápidamente a la impresión, porque quedaba un problema importante por solucionar:

—La niña, Jessica. Tu hija. ¿Dónde está?

—Jess…, no está en la granja —su voz era casi inaudible. Le costaba respirar. Yo me relajé un poco: Así que la niña se llamaba como su madre. Comprendí lo que había querido decir Norman con lo de que Jessica estaba en casa, pero Jessy, no. Ella abrió unos ojos alucinados, clavándolos en los míos—: ¿Quién eres? ¿Vienes de Nazareth?

«¿Nazareth?», pensé. Pero no era el momento de acosarla a preguntas. Necesitaba descansar.

—No —dije escuetamente—. Me llaman Indiana James.

Alzó un brazo y me clavó literalmente la mano en el hombro. Se irguió hasta que su rostro quedó a un palmo del mío. Cada vez respiraba peor.

—Eh, cálmate. No hagas tonterías. Te pondrás bien, ya verás.

—Indiana James. Leí algo acerca de ti. Tú no me traicionarás, lo sé…

—Jessica…

—Ve a buscar a Jessy. Está con los Vernon, en Green Walls. Pregunta por ellos en
Hampshire's
End. Diles que te envía Jackdaw. Jessy te dirá lo que hay que hacer. ¡Prométeme que lo harás!

—Tienes mi palabra. Ahora, descansa.

—No confíes en nadie. Están en todas partes. ¡No le cuentes esto a nadie!

—Guardaré el secreto. Te lo prometo.

Era como una sombra lejana de su sonrisa infantil, cruzó por su

rostro.

Y, de pronto, se le distendieron los músculos del cuello y su cabeza cayó hacia atrás. Alarmado, le busqué el pulso. No lo encontré.

Sólo cuando aparté mi chaleco de cremalleras para hacerle masaje cardíaco y vi que tenía un agujero de bala en el pecho, comprendí lo que le ocurría. La herida me había pasado inadvertida en principio porque apenas si había sangrado, y la poca sangre que había salido se confundía con el rojo de su jersey.

Hice todo lo que humanamente se puede hacer para reanimar a un herido antes de rendirme a la evidencia.

Jessica Hart estaba muerta.

Ya ven: En este punto habían ido a cruzarse nuestros caminos, al cabo de los años. El destino me tenía reservado el papel de testigo de su muerte. Me he metido en muchos líos en esta vida, he visto morir a amigos que eran como hermanos para mí. He sentido el dolor, la rabia, la sed de venganza. Pero jamás lo que experimenté en aquel momento.

Un vacío aterrador. Una asfixiante sensación de impotencia.

No sé cuánto tiempo permanecí junto al cadáver. No pensaba en nada en concreto. Simplemente, miraba las llamas, a sabiendas de que no era sólo la granja lo que estaba siendo reducido a cenizas para siempre.

—*Vernon. Green Walls. End.*
Hampshire’s
Jackdaw —dije en voz baja.

Cuatro nombres que encerraban una promesa cuyo significado exacto desconocía, pero que estaba dispuesto a cumplir a toda costa.

CAPÍTULO III

La llegada de una comitiva de coches me sacó de mi ensimismamiento. Eran siete los vehículos que se acercaron a toda velocidad por el camino de la granja y frenaron en seco ante sus restos calcinados.

Seis eran de policía. El séptimo, un impresionante Rolls Royce blanco con cromados dorados. Su chófer le abrió la puerta a un tipo de unos cincuenta años, de rasgos afilados y mirada de halcón. Vestía impecablemente: Abrigo negro con solapas de terciopelo, pañuelo de seda al cuello y zapatos tan brillantes como su anillo de rubíes.

Avanzó directamente hacia mí al verme. Los policías uniformados que habían bajado de los otros coches se apresuraron a apartarse para abrirle pasillo.

—Usted es Indiana James —dijo. No se trataba de una pregunta: era una afirmación—. ¿Hay más supervivientes?

—Sí. Norman Gilbert —le dije dónde podían encontrarle y mandó a dos policías en su busca—. Los de la granja están todos muertos, incluida la mujer. En cuanto a los asaltantes… —Miré hacia el lugar donde había caído Ojos Grises. Ya no estaba—. Por lo menos ha escapado uno. Puede que esté rondando por aquí. ¿Le importaría decirme qué clase de guerra es ésta?

—Me llamo Schulman. —Más adelante averiguaría que no le gustaba que le hicieran preguntas y que, cuando se las hacían, rara vez las contestaba—. Gilbert trabaja para mí. Después de que se lo llevaran de la discoteca, la chica que le acompañaba tuvo el buen sentido de llamarme para avisarme. —Yo pensé que había valido la pena montar el *show* en la puerta de The Frozen Birds. Schulman concluyó—: Ahora, cuénteme lo ocurrido.

Lo hice, de cabo a rabo. Sólo mentí en la parte del final. Omití por completo mi conversación con Jessica; dije que ya estaba muerta cuando la saqué de la granja. Una promesa es una promesa, y más si se le hace a un moribundo.

Los dos policías regresaron cargando con un Norman que aún estaba medio *groggy*. Schulman le miró como quien ve pasar el camión de las basuras.

—Es un imbécil —me dijo—. Sabía que su mujer estaba en peligro y, no obstante se pasaba las noches de copeo en locales públicos.

—Resistió bastante cuando le interrogaron.

—No lo suficiente. Súbase al coche. Usted y yo nos vamos.

No le pregunté adónde ni por qué. El Rolls tenía todo lo que yo necesitaba en aquellos momentos; asientos mullidos, calefacción e incluso un bar surtido con lo mejor de lo mejor, de entre lo que escogí una modesta botella de Four Roses. Partimos de inmediato, escoltados por uno de los coches de policía.

Schulman habló brevemente por el teléfono del vehículo. Le oí mencionar mi nombre un par de veces. Cuando colgó, parecía satisfecho:

—Acaba de perder su empleo en la discoteca —me dijo—. He conseguido que le echen.

—Muy amable. Recuérdeme que le mande un par de jamones por Navidad.

Hizo como si no me hubiera oído:

—Ahora está libre y puedo contratarle. Ganará cien mil dólares. Sólo tiene que encontrar a una persona.

—¿A quién? —había conseguido irritarme con su actitud de dios todopoderoso—: ¿Al tipo que se acuesta con su mujer?

Ni caso. Comprendí que Jacob Schulman sólo prestaba atención a una voz: la suya.

—Le haré un resumen de la situación. Jessica Hart fue una niña prodigio. Ya sabe lo que les ocurre a muchas estrellas infantiles; a menudo son incapaces de afrontar la realidad cuando se hacen mayores y se acaban los contratos. A los veinte años, se enroló en Los Peregrinos del Extasis.

—¿Una secta religiosa?

—Fanáticos. Locos. —Marcó un paréntesis cambiando el tono de

voz—: Estoy comprometido en una lucha personal contra ellos. No me pregunte por qué. Tengo mis razones, y punto. —Retomó el hilo de la historia—: Cuando Jessica cambió de opinión y huyó de la secta, ya era tarde. Los Peregrinos no perdonan a sus desertores. Les condenan a muerte. A ellos y a todos sus descendientes. Debe encontrar a la hija de Jessica antes de que sea demasiado tarde.

Vaya por Dios. Me estaba ofreciendo cien mil dólares por un trabajo que podía hacer en cuestión de horas. Los Vernon. Green Walls.
Hampshire's
End. Jackdaw. Pero, ya lo he dicho, una promesa es una promesa. Y, además, había algún punto oscuro en aquella historia.

—¿Quiere decir que Norman ignora dónde está la niña?

Por una vez, se dignó a contestarme:

—Así es. Su madre la escondió y se negó reiteradamente a revelar su paradero. Si sólo lo sabía ella, nunca lo sabría nadie más, acostumbraba a decir. Quizá tenía razón. Era una mujer fuerte, capaz de resistir las peores torturas.

Hubo un silencio. El Rolls había alcanzado ya una carretera secundaria y parecía flotar sobre el asfalto, seguido por el coche de policía.

—Tal vez sería mejor dejarla donde está. Especialmente, después de ver de qué le han servido los guardaespaldas a su madre.

—Le he dicho que los Peregrinos son fanáticos. Tal vez tarden un mes, tal vez un año, pero acabarán encontrándola y la matarán, a menos que la protejamos debidamente. Por algunas cosas que se le escaparon a Jessica, tenemos una vaga idea de la zona donde puede estar. Creemos que…

No pudo seguir. El estrépito ensordecedor de una explosión se sobrepuso a su voz. Chilló el chófer, grité yo, Schulman dio un respingo y el Rolls fue a empotrarse contra un árbol de la cuneta.

El golpe fue terrible. El chófer salió proyectado contra el parabrisas y desapareció en la noche. Yo me encontré tirado en el asiento delantero sin saber muy bien cómo había llegado hasta allí. El aire nos trajo una vaharada fétida, algo que olía a goma y carne quemadas.

Miré hacia atrás.

Todo lo que quedaba del coche de escolta era una masa

humeante de hierros retorcidos en el centro de la carretera. Más allá, se veían las siluetas de dos hombres: Uno de pie y el otro arrodillado a su lado. Comprendí al instante. Así se carga un lanzagranadas.

—¿Qué…, qué ha sido eso? —Oí a Schulman.

—¡Agárrese! —aullé yo.

Probé el contacto y el motor del coche respondió. Bien por la Rolls Royce. Pateé el embrague, entré la marcha atrás. Di gas a fondo. Todo esto, en una milésima de segundo.

Silbaron las ruedas sobre la grava de la cuneta, crujió el guardabarros delantero, que había quedado enganchado en el árbol, cedió por fin y el coche saltó hacia atrás, quedando de nuevo en la carretera. Puse la primera. Gas a fondo.

Salimos disparados en el mismo momento en que el árbol contra el que habíamos chocado desaparecía volatilizado por el impacto de una granada. De nuevo, la onda expansiva de la explosión empujó al Rolls pero, a diferencia del chófer, yo ya me lo esperaba y pude dominarlo.

—¿Comprende lo que le decía? —gritó Schulman—. ¡Están locos, son maníacos, no cejan hasta conseguir sus propósitos!

Ibamos con un solo faro. El izquierdo se había hecho polvo en el choque. El aire entraba por el marco del limpiaparabrisas y me hacía entornar lo ojos.

—Son tozudos, sí —admití. Acababa de ver algo sumamente preocupante por el retrovisor. Nos seguía una moto con sidecar. Y el tipo que iba en el sidecar acarreaba un objeto grande y cilíndrico. Pisé desesperadamente el acelerador.

Brilló un fogonazo en la noche y una nueva granada impactó unos metros detrás del Rolls. Fue una explosión de menor intensidad que las dos precedentes.

—Ahora usan un fusil de gran calibre con adaptador para granadas —le dije a Schulman—. Esto empeora las cosas. Con un bazooka tendrían que parar cada vez para recargar; así, pueden hacerlo en marcha.

—Sáqueme de este lío —aunque su voz sonaba tensa, de alguna manera, Schulman había recuperado la compostura—. Le recompensaré debidamente.

La moto había tenido que frenar a causa del humo de la

explosión. Habíamos ganado unos doscientos metros.

—¿Lleva algún arma, Schulman?

—¿Por qué diablos tendría que llevarla? ¡Para eso estaba la escolta!

—Está bien. Cuando hayamos doblado la próxima curva, frenaré en seco. Entonces, salte.

—¿Quéee?

—¡Que salte del coche, que se esconda en el bosque, maldita sea! ¡Creerán que sigue en el coche, me perseguirán a mí! —Habíamos llegado ya a la curva mencionada. Frené en seco—: ¡Vamos, salte!

Creí que no lo haría. Me equivoqué. Abrió la puerta y se dejó caer rodando hacia la cuneta. Yo pisé el embrague, entré la primera y cerré la puerta, todo a la vez. Un segundo después, el Rolls salía catapultado hacia adelante, reemprendiendo la carrera.

Gracias al retrovisor, pude controlar a la moto doblando por la curva sin detenerse. El truco había funcionado, pero yo había perdido mucho terreno. Los tenía prácticamente encima.

Un tramo de curvas casi consecutivas me protegió durante media milla. No conseguían tenerme el suficiente tiempo a la vista como para apuntar.

Pero nada es eterno en este mundo. De pronto, se acabaron las curvas y a mí se me congelaron todas las constantes vitales (lo demás ya lo tenía congelado a causa del frío) al ver ante mí una recta interminable.

Aceleré hasta el límite de todos los límites imaginables, con un ojo puesto en la carretera y otro en el retrovisor. La moto aceleró también. Debía tratarse de una potentísima bestia de 1000 o 1500 centímetros cúbicos. Por velocidad, jamás conseguiría ponerme a salvo.

En el sidecar, una sombra se irguió levemente.

Yo miré desesperado a ambos lados, estudiando las posibles salidas a la trampa en la que se había convertido la carretera. A la derecha, se prolongaba en un llano fangoso, quizá de campos sembrados, una superficie por la que el Rolls no avanzaría más de cien metros antes de quedarse clavado. A la izquierda, peor todavía. Una ladera muy escarpada, moteada de árboles, una pared casi vertical.

—Qué diablos —murmuré entre dientes—. ¡Arriba!

Tampoco tenía otra alternativa. Giré sin frenar. Las ruedas gimieron aterradas, la carrocería vibró y se estremeció de espanto y el motor tronó histérico, pero el Rolls *subió*. Un par de golpes del morro contra el terreno, tres o cuatro rebotes laterales en árboles, una puerta que saltó desgajada..., pequeños detalles sin importancia. Reduje a cuarta cuando noté que empezaba a perder impulso. Luego a tercera. Luego a segunda, y llegué arriba.

Un zambombazo que falló por diez metros me reveló que a mis perseguidores también les iba el *cross*.

Pero yo estaba inspirado. Ante mí el terreno era ya más o menos llano. Di gas, grité en pleno ataque semihistérico y me lancé a un *slalom* enloquecido entre árboles y rocas que aparecían de improviso ante mí, cuando las tenía a cinco o seis metros, la distancia a la que alcanzaba el faro superviviente.

Iba como loco, frenando y acelerando casi al mismo tiempo, dando tumbos, rozando toda clase de obstáculos, alfombrando el terreno a mi paso con las piezas que iba perdiendo el Rolls, que de repente parecía haber contraído la lepra. De tanto en tanto, cada vez que los de la moto decidían intentarlo de nuevo, un árbol a derecha o izquierda volaba por los aires.

Creo que fue precisamente contra uno de estos árboles derribados contra lo que acabaron chocando moto y sidecar. Oí vagamente el estrépito de la colisión y luego una serie de gritos y gemidos, pero no me paré ni retrocedí para ver qué había pasado. Ya había jugado bastante con la suerte.

Después de otro trecho de *cross,* ya a velocidades más prudentes, encontré una pisto forestal. La seguí y llegué a una carretera. Seguí la carretera y llegué a un pequeño pueblo, Pottsville. Sólo entonces me detuve.

Por suerte, era noche cerrada y no había nadie en las calles. El espectáculo del Rolls machacado era de los que atraen multitudes.

Busqué en el bar del vehículo. Todas las botellas estaban rotas, a excepción de la de Four Roses. Eso me pareció un signo de buen augurio. Poco a poco, mi corazón recuperaba su ritmo cardíaco normal.

—A la salud de los Peregrinos del Extasis —dije antes de echarme un trago entre pecho y espalda.

Vaya con ellos. Locos irrecuperables que amenazaban con amputar brazos y piernas, que asaltaban granjas como si fueran fortalezas, que asesinaban y que remataban la faena dejando retenes motorizados para jugar al bombazo al blanco con vehículos motorizados. Se me ocurrían una docena larga de razones para intentar amargarles la vida en el futuro.

Pero tenía algo más urgente que hacer: cumplir una promesa. Iría a
Hampshire's
End, encontraría a Jessy y, después de hablar con ella, decidiría mis próximos movimientos.

En el salpicadero del Rolls encontré un mapa de carreteras de Pennsylvania, con índice alfabético. Había un pueblo llamado
Hampshire's
End a unas cincuenta millas de Pottsville. Decidí que si el Rolls podía aguantarlas, también yo podría.

A las cuatro menos diez de la madrugada entraba en la calle principal de
Hampshire's.
El pueblo era pequeño, con casas de madera pintadas de blanco y un aire agradable y tranquilo.

Ahora, tenía que encontrar una granja llamada Green Walls, donde vivía alguien llamado Vernon. Paré en una gasolinera para preguntar al empleado.

En confianza, contaba con impresionarle con mi Rolls hecho polvo. Pensaba que se le caería de las manos la novelucha que estaba leyendo, que saltaría de su silla y que avanzaría hacia mí con cara de asombro y respeto para pedirme que le dejara ver el trofeo que había ganado en la París-Dakar. No sucedió nada de esto. El tipo se limitó a mirarme con aire aburrido:

—Busca a Art Vernon, ¿verdad? —preguntó sin siquiera levantarse de su silla.

—¿Cómo lo sabe? —me admiré yo.

—Basta con ver su coche. Encontrará el camino que lleva a su casa a una milla, siguiendo por la carretera. Está indicado: Green Walls. No tiene pérdida. —Y volvió a la lectura, dando por terminada la conversación.

Un poco decepcionado y bastante intrigado, seguí sus

indicaciones. En cuestión de minutos llegué a Green Walls. Era un edificio grande de piedra clara, rodeado de césped y con un gran granero a un lado. Todo muy cuidado, con tiestos de flores en las ventanas y cortinas de colores. Evidentemente, se trataba de una antigua granja restaurada y convertida en vivienda.

Aún no había amanecido. No eran horas de molestar a la gente, pero no podía esperar. Llamé a la puerta.

Al cabo de un rato abrió un hombre en batín y zapatillas. Frisaba la cuarentena, era grande y un poco rechoncho, con cara de despiste bajo una mata de pelo enmarañado. Antes de prestarme atención a mí, se la prestó al Rolls. Una expresión de asombro se pintó en su rostro.

—¡Caramba, muy bien, muy bien…! —Se acercó al coche destrozado y lo rodeó sin tocarlo, como si fuera un frágil objeto de porcelana—. La armonía es evidente. Los ángulos de rotura observan un equilibrio perfecto. El conjunto tiene fuerza y expresividad. ¡Soberbio! —resumió. Y se volvió hacia mí. Me temo que yo estaba con la boca abierta—: ¿Lo ha hecho usted?

—Pues… en cierto modo, sí. Pero…

—¡Perfecto, perfecto…! Se nota el cálculo y el riesgo en cada golpe. El detalle de las puertas arrancadas es altamente simbólico. Debió darle mucho trabajo.

—Bueno —admití sintiéndome un poco avergonzado, sin saber exactamente por qué—. La verdad es que no demasiado. Digamos que he tenido un accidente.

Pareció terriblemente decepcionado.

—Ah, ¿no es artista? —Yo negué con la cabeza. El recuperó en seguida el ánimo—. No importa, no importa… El hecho de que haya sido concebido por casualidad, no resta mérito a la obra. ¿Usted sabe qué es el arte conceptual?

Antes de que pudiera detenerle me soltó toda una conferencia sobre El Arte de lo Efímero, la Destrucción Expresiva, el Desecho Como Símbolo y otros temas afines. Lo remató todo invitándome a entrar en el granero. Lo tenía lleno de coches destrozados, electrodomésticos abollados a martillazos, botes de refrescos retorcidos, muebles semiastillados. Hablaba sin parar. Por fin, pudo frenarle en un momento en el que se paraba para tomar aliento.

—He venido a buscar a Jessy —dije. Y de repente, Vernon se

puso serio y quedó casi a la defensiva—. Me envía Jackdaw —agregué.

—Jackdaw[3] —repitió. Su tono había cambiado por completo—. Durante una época, hace unos veinte años, hice decorados para la CBS. Había una pequeña actriz muy revoltosa que… —Hizo un vago gesto con la mano y se encogió de hombros, como queriendo obviar la historia de una amistad—. La llamaba «Jackdaw» a causa del color de su pelo. Era un secreto, entre nosotros —concluyó.

Hubo un silencio. Yo no sabía qué decir.

—¿Está bien Jessica? —preguntó él. Pero en seguida rectificó—: No, no me diga nada. Le prometí que no haría preguntas. Ni una. Espere un momento.

Salió del granero. Yo esperé. Al rato, regresó acompañado por una niña de unos nueve años que era la viva imagen de la foto que yo llevaba en mi cartera. Con la diferencia de que Jessy no sonreía. Estaba terriblemente seria, con un aire de gravedad adulta en su rostro infantil.

—Tu madre te dijo que un día vendría alguien a buscarte —le explicó Vernon. Y retrocedió de nuevo hacia la casa—. Estaré en la cocina, preparando algo de comer. Supongo que querréis hablar a solas.

Quedamos los dos solos en el inmenso granero atestado de chatarra «artística». De nuevo, no sabía qué decir. Descubrí que me sentía muy mal.

—Mamá ha muerto, ¿verdad? —preguntó Jessy. Buscó mis ojos con los suyos, yo desvié la mirada y ya no hubo necesidad de más explicaciones. Yo estaba pasando por uno de los peores trances de mi vida—. Ella me dijo que si un día venía a buscarme otra persona… —No pudo seguir y se echó a llorar en silencio. La cogí por el cuello. Dioses, no sirvo para estas cosas: Busqué desesperadamente en mi cerebro una frase de consuelo, una palabra que no sonara hipócrita y no se me ocurrió nada. Jessy alzó la cara, mordiéndose los labios—: También me dijo que tenía que ser valiente. ¿Erais amigos?

—Sí, en cierto modo, desde hace muchos años. —Y no mentía.

—Me ayudarás, ¿verdad?

—Claro, Jessy. Se lo prometí a tu madre —la pregunta que a mí se me planteaba era: «¿Cómo?».

—Tienes que llevarme a Nazareth Way —dijo Jessy como si hubiera leído mis pensamientos.

—Nazareth Way —repetí. Era la segunda vez que oía aquel nombre. Recordé que Jessica lo había pronunciado poco antes de morir. Nazareth Way—. ¿Sabes por qué? —le pregunté a la niña.

Jessy alzó la cabeza para mirarme los ojos. Había conseguido contener las lágrimas, aunque sus ojos brillaban húmedos. A lo lejos, en los campos, aulló un perro vagabundo. O quizá un lobo.

—Es mi destino —dijo.

CAPÍTULO IV

La familia Vernon al completo se levantó a aquellas horas intempestivas para desayunar conmigo. Art Vernon tenía una encantadora esposa llamada Terry y seis hijos, el mayor de catorce años. Todos parecían un poco tristes porque Jessy se iba, pero nadie preguntó nada.

Después de comer, fui yo quien se fue a la cama. Lo necesitaba. Dormí unas seis horas. Cuando desperté, Terry ya había lavado y secado mis ropas, en tanto que Art acababa de engrasar un Toyota todo terreno en el patio, bajo un frío sol de diciembre.

—Ya me la devolverás —me cortó cuando intenté protestar—. Después de todo, me quedo con esa obra de arte en la que has llegado como prenda. —Y ya más serio—: Os deseo mucha suerte a los dos, sea lo que sea lo que tengáis que hacer. —Le dio un cachete a Jessy—. Ojalá vuelvas pronto, pequeña.

Partimos en seguida en la camioneta. Ni yo ni ella sabíamos muy bien adónde íbamos. Para Jessy, Nazareth Way era simplemente el nombre del lugar al que debía acudir inexcusablemente si le ocurría algo a su madre. Jessica no había sido más explícita con ella. Para mí, el nombre de un pueblo que había, localizado con mucho trabajo en un mapa. Estaba en lo más profundo del estado de Maine.

El viaje duró dos días. El primero comimos en Hartford, compramos ropa de abrigo en Boston (no en vano Maine está lindando con el Canadá) y dormimos en un motel de Dover. Jessy no hablaba mucho lo que, teniendo en cuenta las circunstancias, resultaba comprensible.

Hice algunos intentos infructuosos de aclarar puntos del lío en que me había metido:

—¿Te habló tu madre alguna vez de un grupo llamado «Los Peregrinos del Extasis»? —le pregunté en un determinado momento.

—¿«Los Peregrinos del Extasis»? ¿Qué es? ¿Una banda de *rock*?

Jessy no sabía nada de los Peregrinos, ni había oído jamás el nombre de Jacob Schulman ni se acordaba demasiado de su padre. Norman Gilbert. Había estado viviendo con los Vernon durante unos cuatro años. Al principio, su madre la visitaba de vez en cuando. Después las visitas comenzaron a convertirse en raros acontecimientos y, finalmente, dejaron de producirse. Había visto por última vez a Jessica dos veranos atrás.

Nazareth Way. Si alguna vez me ocurre algo, tendrás que ir allí. Eso se lo había repetido en todas y cada una de las visitas.

Si la primera jornada de viaje resultó casi plácida, la segunda fue todo lo contrario. A medida que ascendíamos por las montañas de Maine, empezó a aparecer la nieve, y una ventisca endiablada que hacía resbalar las ruedas del Toyota sobre la carretera.

—*¿A Nazareth Way*? —preguntó alarmado el encargado del garaje de Portland donde hice cambiar los neumáticos por otros especiales para nieve—. Santo Dios, no vaya. No lleve a una niña a ese sitio.

—Tenemos que ir. ¿Qué hay de malo en ese pueblo? —me extrañé yo.

—No vaya, por el amor de Dios —repitió el hombre persignándose. Miró la nieve que caía y luego al cielo encapotado que prometía más para las próximas horas—. De todas formas, el Señor es misericordioso y les impedirá llegar. No irán muy lejos con esa tormenta —se alegró.

No hubo manera de sacarle una palabra sobre las razones de sus temores. A primera hora de la tarde llegamos a Cumberland, por una carretera en la que los quitanieves estaban trabajando a fondo. Pasamos junto al fantasma de un pueblo semicalcinado y desierto, un lugar llamado
Jerusalem's
Lot cuya sola visión provocaba escalofríos, y poco después nos enfrentábamos con una carretera ascendente, cubierta de nieve virgen.

Faltaban catorce millas para Nazareth Way.

Los neumáticos especiales y la tracción en las cuatro ruedas del

Toyota hicieron bien su trabajo. Ascendimos penosamente, a razón de unas cuatro millas por hora, desafiando a la tormenta que se intensificaba por momentos.

A eso de las seis de la tarde, cuando según mis cálculos nos quedaban aún unas tres millas de viaje, vimos varios vehículos detenidos en la carretera, de cara a nosotros (lo que significaba que habían llegado allí desde Nazareth Way). Más allá de la cuneta, en el bosque, había un grupo de hombres. Como que uno de los coches era de policía, pensé que tal vez se habría producido un accidente. Paramos el Toyota y nos acercamos a ellos para ofrecer ayuda.

Siete rostros hoscos se volvieron hacia nosotros sin demostrar la más mínima señal de bienvenida cuando grité para hacerme ver.

—¡Saque a esta niña de aquí! —gritó uno—. ¿Está loco?

Entonces me di cuenta de que sobre la nieve, entre los hombres, había un cadáver.

Le dije a Jessy que esperara en el Toyota y volví hacia el grupo. Tampoco esta vez me recibieron bien. Pero yo no hice mucho caso. No lo hice, porque el cadáver centró toda mi atención.

Era una muchacha. Sus ropas estaban rotas y esparcidas por la nieve. El cuerpo lo tenía congelado. *Y la carne, semidevorada.* Se veía el hueso en muchos puntos.

—Vamos, vomite —me dijo el tipo que a juzgar por su sombrero y su estrella era el *sheriff* local—. Así aprenderá a meterse donde no le llaman.

Me faltó muy poco para cumplir su orden. Tuve que contener una arcada.

—Lo siento. Creí que tal vez podría ayudarles en algo —me excusé.

—Nadie puede ayudar ya a Martine —sonó alucinada la voz de un viejo que tenía escarcha en las cejas y los labios cortados a causa del frío—. *Ellos* se la llevaron ayer por la noche. Ahora tal vez estarán saciados durante unos cuantos días. —El *sheriff* le fulminó con la mirada y el viejo calló al acto.

—¿Que se la llevaron? ¿Quién se la llevó?

—Quiere decir que la chica estaba paseando por esta zona cuando la atacaron los lobos. Hay muchos por aquí —dijo rápidamente el *sheriff*. Su tono no había ganado un ápice en amabilidad—. Hágame caso, amigo: Vuélvase a su casa. Se ha

equivocado de carretera. Ésta sólo lleva a Nazareth Way.

—… que es precisamente adonde voy.

Pareció que el *sheriff* iba a responder con un exabrupto, pero uno de los hombres del grupo se interpuso entre él y yo.

—Déjale, Tom —le dijo al *sheriff*—. Que vaya adonde quiera. Es asunto suyo. Estamos en un país libre. —Y luego a mí—: ¿Podría llevarme en su coche? Aquí sobra gente.

—Desde luego.

El tipo dijo llamarse Morris. Era un joven de unos veinticinco años, prematuramente calvo, con gafas y aspecto nervioso. Dejamos a los otros levantando el cadáver y nos metimos en el Toyota, donde esperaba Jessy.

—Han sido los lobos —me dijo cuando nos pusimos en marcha —. Eso es lo que le ha dicho el *sheriff* y lo que le dirá cualquiera a quien pregunte en Nazareth Way. Yo también se lo digo. La diferencia está en que yo lo creo.

—¿Y ellos?

—Ellos dicen una cosa y piensan otra. A poco que se fije, les verá cargando sus revólveres con balas de plata. La mayoría llevan crucifijos colgando del cuello. Cuando cae la noche, atrancan las puertas de sus casas y no salen por ninguna razón.

Hombres-lobo. Ésa era la palabra que Morris había evitado pronunciar, en atención a la presencia de Jessy, pero yo le había entendido perfectamente. Recordé las palabras del tipo del garaje de Portland: «*¿Nazareth? Santo Dios, no vaya. No lleve a una niña a ese sitio*».

—Son gente muy supersticiosa —prosiguió Morris—. Supongo que el hecho de que nos quedemos aislados un par de meses cada invierno es un buen caldo de cultivo para este tipo de cosas. Pero hablemos de cosas más agradables. —Sonrió, revolviéndole el pelo a Jessy—: ¿Quién es esta chica a la que se le están quedando congeladas las orejas? ¿Su hija?

Jessy se llevó instintivamente las manos a las orejas e hizo un mohín al darse cuenta de que había picado en la broma.

—Es una sobrina —mentí. Y, ya fantaseando—: Le prometí llevarla unos días a ese pueblo que tiene nombre de pesebre.

—Entiendo —por lo visto, Morris no necesitaba más explicaciones—. ¿Dónde van a alojarse?

Era una buena pregunta, ciertamente.

—Aún no lo sabemos. Supongo que habrá algún hotel, o alguna posada en el pueblo.

—Supone mal. Había una, pero cerró hace años por falta de clientes. No obstante, si aceptan que les invite a mi casa, el problema quedará solucionado. En serio —insistió al ver que yo dudaba—; me gustará tener compañía. Eso de vivir solo acaba haciéndose muy aburrido.

Al cabo de veinte minutos divisábamos Nazareth Way, a la luz del crepúsculo. El pueblo constaba de un centenar de casas muy agrupadas, casi apiñadas en media docena de calles, como un grupo aterrorizado cerrando filas espalda contra espalda. Producía cierta sensación de claustrofobia. A lo lejos, sobre una loma y rodeada de abetos, se recortaba la silueta inconfundible de un castillo medieval.

—Allí vivo yo —dijo Morris señalándolo a través del parabrisas. Debió compadecerse de nuestras expresiones de asombro y agregó —: No, no es mío. Es de un caballero de la ciudad que viene muy de vez en cuando a pasar unos días. Yo se lo cuido.

—Es una reproducción muy buena —observé—. Parece auténtico.

Al entrar en el pueblo, Morris me pidió que paráramos en la calle principal, frente al *drugstore*, que era a la vez bar y sala de reunión de los vecinos. Bajé y entré con él en el local. Pude observar el revuelo que se armó cuando dio la noticia del hallazgo del cuerpo de la muchacha. Una mujer, la madre, rompió en llantos histéricos, mientras que la mayoría de los presentes, jóvenes y mayores, se persignaban una y otra vez. Una vieja cayó de rodillas frente al fuego de una gran chimenea, orando con los brazos en cruz, como una penitente. Un hombre descolgó un fusil y puso una bala en la recámara. Morris no me había mentido: La plata brillaba a la luz de las llamas. Me alegré de haber dejado de nuevo a Jessy en el coche.

—Están convencidos de que se trata de hombres-lobo —me repitió Morris cuando salíamos—. Ese miedo irracional pasa de padres a hijos como una especie de maldición genética.

Yo tenía una pregunta que hacerle. Y se la solté a bocajarro:

—¿Conoce a Los Peregrinos del Extasis?

Parpadeó desconcertado:

—¿A qué se refiere? ¿Es el título de una película?

—No, se trata de una secta religiosa.

—Pues no tiene sucursal en Nazareth Way, délo por seguro. Aquí, en cuanto a religión se refiere, la gente es muy ortodoxa: Crucifijos y plegarias para protegerse de los Enviados del Mal.

Regresamos al Toyota y enfilamos el camino del castillo. La tormenta estaba empezando a mostrar la más seria de sus caras. Un viento de tropecientos kilómetros por hora arrastraba andanadas de copos de nieve grandes como puños. La temperatura había bajado y, según la emisora de Portland que sintonizábamos en el Toyota, seguiría haciéndolo durante el resto de la noche.

—Con un poco de mala suerte, mañana por la mañana estaremos ya incomunicados —comentó Morris. Se le veía un poco preocupado.

Yo también lo estaba, pero por otras razones. Empezaban a planteárseme muchas preguntas, y todas a la vez. ¿Por qué se había empeñado Jessica en que su hija tenía que ir a Nazareth Way? ¿Tenía que existir forzosamente una relación entre la niña y aquel pueblo de habitantes alucinados por el miedo y la superstición? Y, si existía, ¿cuál era? ¿Cómo se esperaba que tenía que descubrirla?

Eso era lo peor de todo: Que no podía hacer nada. Sólo sentarme a esperar acontecimientos. Decidí que si en un par o tres de días no ocurría nada, daría por cumplida mi promesa y llamaría a Jacob Schulman. No podía quedarme eternamente allí, protegiendo a Jessy de quienes le amenazaban, fueran quienes fueran y estuvieran donde estuvieran.

Dejamos el Toyota en un garaje anexo al castillo, donde también había un Scout con ruedas de oruga, el vehículo más apropiado para circular sobre capas de nieve de hasta medio metro. Morris vivía en un confortable pabellón de dos habitaciones, a un tiro de piedra del castillo.

En cuanto nos hubimos instalado, y después de que Jessy se hubiera tomado una taza de cacao caliente y nosotros unos tragos de *whisky* frío, hay que suponer que con parecidos resultados, Morris se ofreció a mostrarnos el castillo.

Como suele suceder, el edificio parecía mucho más grande e impresionante visto desde cerca que desde lejos. Dentro hacía un frío glacial. Recorrimos inmensos salones, bellamente amueblados,

nos extasiamos ante los tapices que colgaban de las paredes, paseamos por una imponente galería, de cuya base exterior colgaban gárgolas sobre el patio de armas cubierto por la nieve, subimos por regias escalinatas, con la pared decorada con cabezas de animales de caza mayor y casi nos perdimos por un interminable laberinto de pasillos sin fin.

Jessy parecía muy impresionada y un poco asustada por aquella arquitectura de escala descomunal. Agarraba fuertemente mi mano.

En un determinado momento, llegamos a un gran salón con puertas de doble hoja. Estaban cerradas.

—¿Qué hay aquí dentro? —pregunté.

—Nada —dijo Morris. Y, como para demostrarlo, hizo girar una llave en la cerradura de la puerta y la abrió. En efecto, no había nada, y eso era lo sorprendente, porque todas las demás estancias estaban amuebladas—. Era la capilla —explicó Morris—. Cuando el actual propietario compró el castillo, hizo quitar los bancos y el altar. Creo que quiere usar la sala para ampliar la biblioteca. —A lo lejos, se oyó de repente el aullido de un lobo. Morris sonrió nerviosamente y yo pensé que, a pesar de todas sus protestas y teorías al respecto, también él era un poco supersticioso. Como aquel que de repente tiene una idea, nos invitó a entrar en el salón Vacío—. Ahora que me acuerdo, hay algo interesante aquí dentro. Quizá lo más interesante de todo el edificio.

No tenía ni idea de a qué podía referirse. La sala estaba mal iluminada pero allí, aparte de algunos escudos en las paredes, no había nada a la vista. Morris se acercó a uno de esos escudos y descolgó de él un arma medieval, una especie de cachiporra metálica.

—Parece que perteneció a Ricardo Corazón de León. Por lo menos, su sello está grabado en el mango. Mire. —Y alzó el arma en el aire como para que la luz diera adecuadamente en la zona que me indicaba, la parte superior del mango.

No vi nada. A mí, la superficie metálica me pareció lisa como una pista de patinaje. Me acerqué más, para mirar mejor.

Bueno, ya pueden imaginarse lo que me ocurrió. Yo también tengo que imaginármelo a la hora de contarlo, porque la verdad es que no me enteré demasiado.

De pronto, tuve un atisbo del rostro de Morris componiendo una

expresión feroz, vi que proyectaba el arma hacia mi cara, como para facilitarme su estudio y observación, oí un grito de Jessy y apenas si acerté a apartar la cabeza por reflejo. Acto seguido sentí como si me cayera un armario en el hombro. Y luego me pareció que el suelo empedrado de la sala ascendía a una velocidad vertiginosa para darme una enérgica palmada de bienvenida en todos los huesos.

Y ya no recuerdo más.

Si piensan que el golpe me lo tuve bien merecido, por ingenuo, debo decirles que estoy completamente de acuerdo. Incluso si piensan que me lo gané por imbécil, no tengo más remedio que seguir dándoles la razón.

CAPÍTULO V

Cuando desperté, estaba solo y a oscuras en el castillo. El frío que se me había metido en los huesos mientras me echaba la siesta, me espabiló un poco. El hombro derecho me dolía terriblemente: Alguien le había encargado la misión de recordarme durante un largo período de tiempo que No Hay Que Ser Tan Tonto En Esta Vida.

Además de dejarme a oscuras, Morris había cerrado todas las puertas del castillo. Tuve que saltar por una ventana. Rodé en la nieve, me levanté y corrí hacia el pabellón. Tal como esperaba, estaba desierto. En el garaje, el Scout había desaparecido. La tormenta aún no había borrado por completo las huellas de su paso sobre la nieve al alejarse. El capó del Toyota estaba levantado. Le eché una mirada al motor y comprobé que Morris se había entretenido hurgando en él con un hacha.

Bien. Perfecto. Genial. ¿No había resuelto quedarme sentado a esperar acontecimientos? Pues ya se habían producido.

—Esta vez te has lucido, Indy —murmuré entre dientes, rabioso.

Pero no ganaba nada con recriminaciones. Tenía que perseguirles. Tenía que atraparles y recuperar a Jessy. El problema era: ¿Cómo?

Entonces recordé algo que había visto en el pabellón, algo en lo que en su momento no presté atención, porque era normal en aquellas regiones montañosas: Un equipo completo de esquí alpino.

De repente se me cruzaron los cables, mis neuronas empezaron a hacer conexiones y me pregunté si Morris no sería de la banda de los Esquiadores Locos. O sea, de Los Peregrinos del Extasis. Su expresión de sorpresa me pareció sincera cuando le pregunté si conocía la secta, pero mis impresiones eran algo de lo que acababa

de decidir no fiarme en el futuro. También me pareció sincero cuando me habló de Ricardo Corazón de León y del grabado de la cachiporra.

De cualquier forma, éstas eran preguntas que podían aplazarse. Lo primero era atraparles. Intentarlo al menos. Corrí de regreso al pabellón. Se me escapó un suspiro de alivio cuando vi que el equipo seguía en su sitio.

Por suerte, las botas eran de mi talla. Las sujeté a las fijaciones, me impulsé con los palos y me lancé a través de la ventisca a seguir la pista del Scout, deslizándome sobre la trocha de nieve aplastada que había dejado el vehículo.

Iba en lo que los expertos llaman la posición de «chus». La que se utiliza en las pruebas de velocidad. Por fuerza tenía que ir mucho más rápido que el Scout. Lo malo es que ignoraba por completo cuánta ventaja me llevaba.

Tuve que recorrer un trecho impulsándome con los palos cuando llegué a la base de la colina donde se erigía el castillo. Afortunadamente, la pista del Scout seguía por la carretera y, según recordaba, ésta descendía varias millas. De no haber sido por las huellas del coche oruga quizá ni la hubiera encontrado. Estaba totalmente oculta bajo la nieve.

Seguí bajando a toda velocidad. Me caí cuatro o cinco veces a causa del viento y la escasa visibilidad, y cuatro o cinco veces me levanté.

Y pronto, mucho antes de lo que me habría atrevido a imaginar, el Scout apareció en mi campo de visión al doblar una curva.

Estaba parado a unos doscientos metros cuesta abajo, con los faros encendidos y un poco cruzado en la carretera. Pensé que los dioses habían sido magnánimos, y que Morris tenía que enfrentarse con una avería.

Me impulsé hacia allí diciéndome que pronto tendría que enfrentarse con problemas mucho más arduos.

Frené junto al vehículo con un brusco giro. En seguida me di cuenta de que algo no marchaba como debía: Había muchas huellas alrededor del Scout, y no se advertía ningún movimiento en su interior.

Algo que sobresalía de la nieve frente a mis esquíes me llamó la atención. Primero pensé que era un pedrusco. Luego se me erizó el

vello de la nuca.

A veces, el terror te impulsa a hacer cosas raras. A mí, me impulsó a recoger lo que sobresalía de la nieve. Lo cogí por los pelos, porque era una cabeza. La de Morris, para ser concretos. El cuello goteaba sangre.

Como hipnotizado, la alcé hasta la altura de mi rostro. Tenía los ojos abiertos y una risotada congelada en la cara. Una risotada histérica, demencial, la más pura aleación de terror y de locura posible en este mundo. Nadie, a excepción de Jack Nicholson en la película *El Resplandor,* ha sido capaz de componer una expresión tan atroz en vida.

No sé cómo logré contener mi primer impulso: Echar a correr y no parar en muchas millas. Solté la cabeza. Miré a mi alrededor, preparándome mentalmente para ver cualquier cosa.

Un trecho más allá se veía una pierna. Y, no muy lejos, una mano sobresalía de la nieve; probablemente el brazo estaría hundido en ella, pero no juzgué oportuno comprobarlo. Ni tampoco entretenerme en recomponer el *puzzle* humano en que había quedado convertido Morris.

Y entre piernas, brazos y demás piezas, muchas huellas. Algunas del propio Morris. Otras de Jessy. Y otras de seres que en vez de pies tenían garras. Así de sencillo. Habían quedado perfectamente impresas en la nieve. Y había muchas.

Busqué en el interior del vehículo. Sólo encontré un revólver tirado en el asiento. Lo recogí y abrí el tambor: El escéptico Morris, el que tenía teorías para desacreditar miedos y supersticiones, usaba balas de plata.

Hombres lobo. Santo cielo. Quizá había llegado el momento de empezar a ser un poco crédulo.

Las huellas de Jessy desaparecían paralelamente a las de las garras. A trechos eran las suelas lo que había quedado impreso en la nieve, a veces dos líneas paralelas marcadas por las punteras de sus zapatos. Pensé que se habría resistido. No quise ni imaginarme lo que le habría ocurrido.

A aquellas alturas, más valía no plantearse nada. ¿Para qué? ¿Con qué intención había secuestrado Morris a la niña? ¿Para ponerla a salvo, quizá? En este caso, ¿por qué no había hablado civilizadamente conmigo en vez de gastarme la broma de la

cachiporra? ¿Y no eran Los Peregrinos del Extasis los que perseguían a Jessy? Ahora se la llevaban los hombres lobo. Nada tenía sentido.

Sólo podía hacer una cosa para apurar la mínima posibilidad de rescatar a la niña con vida: Regresar al pueblo y convencer a la gente de que era necesario montar una batida. Imaginé que se pondrían a temblar cuando les relatara los acontecimientos pero, si era necesario, les obligaría a punta de pistola.

Regresé en el Scout. Cuesta arriba, el vehículo avanzaba con una lentitud exasperante. Había tardado unos diez minutos en bajar con los esquís. Subir con el coche oruga hasta el pueblo me llevó casi una hora.

Cuando me acercaba a Nazareth Way supe que el parte de novedades no se había agotado por aquella noche: Un fulgor de llamas envolvía al pueblo por sus cuatro costados. Me pareció oír gritos, y también *aullidos*.

De pronto, una vieja apareció corriendo aterrorizada, huyendo del pueblo. Era tal su frenesí que ni siquiera vio mi vehículo. No lo vio, pero lo notó. Se dio de morros contra el capó y tuve una visión alucinante de su rostro desencajado a través del parabrisas.

Frené y salí para ayudarla. Al verme, se aferró a mí como una limadura de hierro a un imán. Tenía nieve en el pelo, y también sobre los hombros y las cejas.

—¡Márchese! —aulló—. ¡Márchese, ahora que aún está a tiempo! ¡No entre en Nazareth!

—¿Qué ocurre?

Abrió unos ojos como pelotas de baloncesto. A ratos reía, a ratos lloraba, a ratos gemía y a ratos gritaba.

—Los hombres-lobo —canturreó—. Se lo comerán. Frito o hervido, crudo o cocinado… —Ahora estaba en plena fase de risa histérica.

La abofeteé. Jamás en la vida habría imaginado que llegaría a hacerle esto a una señora mayor. Pero era necesario.

—¿Quiere decir que los hombres-lobo han atacado el pueblo?

—Sí…, cientos de ellos. ¡Miles! ¡Con sus garras y sus zarpas, con sus dientes afilados y con hambre de muchos meses! ¡Todos están muertos! ¡Todos! ¡No queda nadie en Nazareth Way!

—No es posible. ¡No puede serlo! —grité. Me estaba

contagiando todo su nerviosismo—. ¡Vamos, súbase al coche!

Y un cuerno, se subió. Me empujó con una fuerza que jamás le hubiera supuesto, una fuerza que sólo la desesperación es capaz de producir, y echó a correr hacia el bosque. La alcancé en dos saltos. Me planté ante ella, cortándole el paso.

—Tranquilícese, señora. Lo más razonable es regresar a Nazareth. Tengo un arma y… —No pude seguir. En un rápido movimiento, la vieja me arreó un puñetazo en todas las narices. Jamás en la vida habría imaginado que una señora mayor llegaría a hacerme eso. Y menos, que me derribaría.

Cuando me incorporé, ya desaparecía entre los árboles.

—¡Vuelva! —le grité—. ¡Morirá congelada!, ¿es que no se da cuenta?

Su respuesta me llegó arrastrada por el viento, en tono de una plegaria enfebrecida:

—¡Ojalá! ¡Ojalá el Señor me conceda esta muerte clemente! ¡Rece por ello!

Tuve ocasión de entender su estado de ánimo cuando, unos minutos después, entraba en Nazareth Way.

Todas las casas ardían. Sólo el edificio de la iglesia, de piedra desde los cimientos hasta el tejado, se mantenía en pie. El viento y el humo formaban remolinos enloquecidos en el aire. Sobre la nieve, las calles estaban sembradas de cadáveres masacrados, mutilados y, algunos, semidevorados.

Bajé del Scout agarrado a la pistola de las balas de plata con el corazón golpeándome desbocado en el pecho. Aquello empezaba a rebasar ya los límites de la más irracional de las pesadillas.

Pronto llegué a la conclusión de que cualquier cosa que hubiera ocurrido en Nazareth había concluido ya. Una vez más, llegaba tarde. Quizá fuera mejor así, pensé con un estremecimiento.

Me calmé un poco y pude prestar atención a algunos detalles extraños. Por ejemplo, el denso olor a gasolina que flotaba en el ambiente. Curiosos hombres-lobo aquéllos, que usaban combustible convencional para incendiar pueblos. O quizá habían sido los mismos habitantes de Nazareth, enloquecidos por el terror, los que habían prendido fuego a sus casas. Todo era posible.

De pronto, sobre el silbido del viento y el estrépito de los edificios que se desmoronaban, sonó un grito. Un grito humano

vibrante de terror, afilado como un cuchillo. Procedía de la zona de detrás de la iglesia. Corrí hacia allí, sobreponiéndome al terror.

Rodeé el edificio, que lindaba en su parte trasera con el bosque. Frené en seco clavando los talones sobre la nieve. Sentí que me faltaba el aire.

En teoría, ya debería haber estado preparado para la escena que contemplé a la luz cambiante de las llamas. En teoría, sí; en la práctica, no. En absoluto.

—Dioses… —Se me escapó—. Dioses…

Sobre la nieve, una muchacha se debatía tratando inútilmente de escapar del abrazo de un hombre lobo. Estaba prácticamente inmovilizada por aquella cosa monstruosa, cubierta de pelo de la cabeza hasta los pies. La bestia abrió sus fauces y las acercó al cuello de la chica…

Hice uso del revólver. Quizá habría bastado con un solo disparo, pero para cuando quise darme cuenta, ya había vaciado el tambor y seguía apretando obsesivamente el gatillo.

El hombre lobo dio un salto en el aire y se desplomó a unos metros, literalmente empujado por el impulso de las balas.

Yo me acerqué a la chica, que sollozaba y se tapaba la cara con las manos. Miré el cuerpo de la bestia caída más allá. El morro achatado. Las garras. Las zarpas. Dioses…

—De modo que era verdad. *Existen* —dije en voz alta. Y supe que hasta aquel momento me había resistido a creerlo a pesar de todo, que había confiado en alguna posible explicación más lógica y racional.

Me arrodillé junto a la chica. La tomé por los hombros.

—Eh, cálmate —comprendía perfectamente que era mucho más fácil decirlo que hacerlo—. Ya pasó todo. Vamos, vamos, no te asustes… —Debía tener unos veinte años. Me hubiera gustado conocerla en circunstancias más agradables. Ahora abría mucho la boca, boqueando aterrada, tratando de gritar, sin que ningún sonido lograra atravesar la barrera de su garganta. Me miraba con espanto.

¿A mí?

No. Miraba por encima de mi hombro, *detrás de mí.* Un poco tarde, intuí un movimiento a mis espaldas.

Me levanté de un salto y me di la vuelta. El carrusel de sorpresas macabras aún no había acabado por aquella noche.

Con seis agujeros de bala bien visibles en el pecho, la cabeza y el estómago, el hombro lobo se había incorporado y avanzaba tambaleándose, decidido a destruir. Sentí más desaliento que terror: ¿qué podía hacer contra aquella cosa inhumana a la que ni siquiera las balas destruían?

—¡Corre! —le grité a la chica—. ¡Correeee!

CAPÍTULO VI

Quise hacer frente a la bestia para cubrir la huida de la muchacha. Me planté entre los dos, con los pies afianzados en la nieve y todos los músculos en tensión, preparado para hacer una finta, dar un salto, *lo que fuera,* con tal de esquivar la embestida de aquella *cosa.*

El hombre lobo se acercó con los brazos bajos, sin cubrirse, creído de su invulnerabilidad. Vistos de cerca, sus ojos tenían un brillo mortecino y tétrico que helaba de espanto. Enseñaba los dientes, en actitud retadora y superior. Me pareció que el muy animal (y nunca mejor dicho) se estaba riendo de mí.

Me picó el amor propio. Proyecté mi puño contra su jeta sin pensármelo dos veces.

Fue como si me estallaran los nudillos. La bestia, por su parte, gruñó levemente, como aquel que nota una picada de mosquito en la nariz y procedió a capturar al molesto insecto (o sea: a mí) alargando uno de sus brazos.

Un tirón y me mandó de bruces al suelo. Sentí que mis costillas daban contra algo muy duro. Lo palpé: Se trataba del clásico pedrusco semioculto por la nieve.

Era bastante grande. Juro que en condiciones normales hubiera necesitado la ayuda del campeón mundial de halterofilia sólo para moverlo. En condiciones anormales, dominado por el pánico, me bastó con agarrarlo y levantarlo en vilo como si fuera de algodón, al tiempo que me daba la vuelta.

En ese mismo momento, el hombre lobo se lanzaba en plancha sobre mí. Le estampé literalmente el pedrusco en la cara.

—¡Orjjj! —Hizo. Este gruñido ya correspondía a una picadura de abeja. Y luego—: ¡Hijo de la gran puta!

Esta frase me sirvió de tema de meditación mientras

reemprendía la huida a trancas y barrancas, descendiendo a saltos por una ladera. Así que la bestia hablaba. Alucinante.

Llegué a una especie de cobertizo de madera, bastante grande con un poco de ventaja. Me colé dentro. Tuve tiempo de cerrar la puerta y de asegurarla con un pestillo de hierro del tamaño de una cañería doméstica.

—¡Uf…! —jadeé, apoyado con la espalda contra el marco de la puerta. Creí que se me ofrecían unos instantes de respiro.

Craso error. Casi simultáneamente, la puerta me golpeó la espalda, oí el crujido de goznes y pestillos al saltar desencajados y me vi tirado en el suelo bajo el hombro lobo, con la puerta entre ambos.

La apartó, tirándola a un lado. Luego me agarró a mí y me lanzó también hacia una de las paredes. Crujieron las tablas, chimaron mis huesos.

A estas alturas, y gracias a la escasa luz lunar que entraba en el cobertizo, yo ya había averiguado que se trataba de una serrería. Había pilas de troncos, estantes con herramientas y sombras difusas que debían corresponder a máquinas de carpintero.

Palpé a ciegas en un estante, desesperadamente.

Un martillo, pensaba. *Mi reino por un martillo.*

Dos brazos velludos me atraparon por las axilas y me alzaron en vilo. Pataleé al notar que mis pies perdían contacto con el suelo. El terror se expandía como un ácido corrosivo por mi cuerpo, empujándome hacia la histeria.

—¡Tendrás una muerte de cerdo! —me prometió el hombre lobo. Por lo visto, también entre los animales había clases.

Terminó el servicio de transporte aéreo sentándome de culo sobre lo que en principio creí que era una mesa metálica. De pie ante su borde, inclinada sobre mí, la bestia empezó a empujarme, intentando obligarme a tenderme y obsequiándome de paso con bocanadas de un aliento nauseabundo y pútrido.

Supe lo que pretendía cuando la parte superior de mi espalda entró en contacto contra una hoja dentada circular. Estaba sobre una sierra mecánica fija de carpintero.

Mientras hacía fuerza con un brazo para inmovilizarme y seguir apretándome contra la hoja de la sierra, el hombre lobo palpaba la pared adyacente con la otra zarpa, en busca del pertinente

conmutador.

No hay electricidad. Tiene que haberse cortado. La tormenta. El incendio del pueblo. No puede haberla, pensé.

Pero ¿y si la había?

La bestia encontró lo que buscaba. Un movimiento de su zarpa precedido por un gruñido en señal de triunfo y sonó el zumbido característico de un generador eléctrico empezando a trabajar. De inmediato se encendió una potente lámpara que colgaba del techo, justo sobre nuestras cabezas. Mi amigo se había equivocado de interruptor.

Esta vez, el animal gruñó de espanto. Me soltó, dio un paso atrás y se tapó el rostro con los antebrazos, protegiéndose los ojos de la luz.

Yo no me lo pensé dos veces. En realidad, no pensé absolutamente nada; estaba demasiado histérico para razonar. Flexioné el cuerpo, salté al suelo. Recogí la puerta cogiéndola por sus lados, como si fuera un escudo, tomé carrerilla y embestí con ella por delante a la bestia.

Conseguí derribarla sobre la sierra. Cayó de bruces contra la hoja dentada.

Quedó empanada entre la superficie de la máquina y la puerta que tenía sobre las espaldas. No le di tiempo a reaccionar. Creo haber mencionado ya que mi estado rozaba la histeria.

Me senté sobre la puerta y accioné el conmutador correcto.

Chirrió histérica la hoja dentada, aulló la bestia y la puerta se encabritó bajo mis posaderas, como impulsada por la fuerza de un seísmo. Cada vez que recuerdo este episodio, aparte de sentir un escalofrío, pienso en la palabra *chisporroteo.* No sé si me entienden. Bajo la puerta, por los lados, la sierra escupía trozos de carne y hueso. También sobresalían cuatro de sus extremidades velludas, que se agitaron convulsas durante unos segundos.

Después, salté al suelo. Paré la máquina. Respiraba con dificultad.

Al cabo de unos minutos durante los que no recuerdo muy bien lo que hice (creo que permanecer sentado sobre la nieve ante la entrada del cobertizo), volví adentro y me obligué a mirar el cadáver.

La sierra había destrozado por completo el pecho y el vientre del

hombre lobo. Se podía apreciar perfectamente el corazón, partido en dos.

Pero, curiosamente, no fue esto lo que llamó mi atención. Lo que me dejó atónito fue su cabeza. Bajo las facciones peludas parecía asomar…

—Dioses, no… —murmuré—. No es posible.

Me acerqué muy lentamente, porque no era posible, en efecto, porque no podía creerlo, porque tenía que tratarse del siguiente paso de una pesadilla completamente absurda.

Aguantándome el asco y las arcadas, sujeté la cabeza de la bestia con las manos. Una a cada lado del cráneo. Tiré hacia arriba.

Se me quedó la cabeza en las manos y, bajo ella apareció otra cabeza, ésta humana y más o menos normal. La piel muy pálida, los ojos de loco y la expresión de la cara crispada en un mudo grito de agonía, pero normal.

Lo que le había quitado era una simple funda, una máscara. Un disfraz, al igual que el resto de la piel velluda que le cubría el cuerpo, al igual que las zarpas y las pezuñas. Un disfraz perfecto, digno del mejor de los especialistas de Hollywood.

Sentí que me invadía una honda sensación de desaliento. Ya ni siquiera las explicaciones irracionales servían para explicar lo que estaba ocurriendo.

Y, para acabar de acentuar el enigma, el rostro humano del cadáver me sonaba. Un tipo de unos treinta años, alto y fuerte, de mandíbula enérgica. Lo había visto en otra parte, no hacía mucho tiempo, pero no podía precisar dónde. Todos los esfuerzos por concretar se estrellaron contra la testarudez de mi memoria, que se negaba a trabajar.

Algo se movió de repente junto a la entrada de la serrería. Di un salto.

Me calmé en seguida al ver que se trataba de la muchacha que había salvado de… bueno, de lo que fuera. La chica contemplaba la escena con aire estupefacto. Parecía haber agotado toda su capacidad de terror. Supongo que en esta vida llega un punto en el que ya nada le sorprende o le asusta a uno.

Yo me encogí de hombros, y señalé el cadáver destrozado con un ademán.

—¿Le conoces?

—No. No es del pueblo. —Entonces, ¿dónde diablos le había visto yo?

Recogí la máscara hueca de la cabeza de hombre lobo y salí al encuentro de la chica. No quería permanecer ni un segundo más allí dentro.

—¿Había muchos? —le pregunté—. ¿Cómo ha empezado?

Me lo contó todo. A primeras horas de la noche, el pueblo había empezado a arder. Por los cuatro costados y con inusitada violencia. (Yo pensé: «Un fuego provocado con gasolina. Una estratagema para sacar a la gente de sus casas»). La gente se había lanzado despavorida a la calle, continuó ella, y en la calle acechaban los hombres lobo, quizá cincuenta o sesenta (y yo me dije que probablemente el pánico le había hecho ver el doble o el triple de los que en realidad eran). Algunos habitantes de Nazareth habían hecho uso de sus armas. Ninguno de los disparos pareció afectar a los hombres lobo que los recibieron (y aquí era donde ya nada cuadraba, me desalenté yo).

—Pero son personas normales, disfrazadas —concluyó la chica, como leyendo mis pensamientos—. Por lo menos, ese que has matado, lo era.

—Sí, pero he necesitado una sierra mecánica —preferí cambiar de tema—: ¿Sabes si hay más supervivientes?

—Sí…, creo que algunas personas han logrado refugiarse en la iglesia. Yo iba hacia allí, cuando *eso* me salió al paso. Creí que ya se habían ido todos.

—¿Viste hacia dónde marchaban? ¿Llevaban vehículos?

—Me parece que no. En realidad, todo ha sido muy rápido y confuso. Yo estaba escondida bajo un coche aparcado. Se han ido por el camino del castillo. De eso estoy segura.

Eso me dio que pensar. ¿Qué diablos habían ido a hacer al castillo, si no había nadie en él? *Tal vez a reunirse.* El punto de encuentro después del asalto.

Volvimos hacia el centro del pueblo, donde las llamas habían consumido ya la mayoría de los edificios. Atravesamos calles jalonadas de cadáveres sobre los que se iba depositando una capa de nieve. Algunos tenían aún las manos crispadas sobre las culatas de sus armas cargadas con balas de plata, en las que tanto habían confiado y que de tan poco les habían servido.

La chica se esforzaba por mirar al frente. Yo me agaché para recoger una escopeta de caza con los cañones recortados.

—No es necesario —dijo ella—. No creo que vuelvan.

—No, pero es posible que *yo* vaya a hacerles una visita.

Llegamos a la iglesia. Al reclamo de la voz de la chica, los de dentro apartaron un poco las barricadas que habían montado tras la puerta y nos dejaron entrar.

De los casi quinientos habitantes de Nazareth Way, quedaban una treintena de personas, algunas heridas, todas temblorosas, congregadas alrededor de un gran fuego que habían encendido en el centro de la nave.

Comprendí que no podría contar para nada con ellos. El espanto que le había sacudido vibraba aún en todas y cada una de las células de sus cuerpos.

—Permaneceremos aquí hasta que salga el sol —me confirmó el hombre que se había hecho cargo de la situación—. Entonces, saldremos y, de alguna manera, llamaremos a la policía de Portland, y a la de Falmouth y a la Guardia Nacional, y a quien sea que pueda ayudarnos y vengar esta salvajada.

—Lo comprendo —acepté—. Pero yo iré a echar una ojeada allí fuera.

—*¿Está loco*?

—Vine a este pueblo con una niña. La niña ha desaparecido y, a menos que alguien me enseñe su cadáver, pienso seguir buscándola hasta que la encuentre.

—Se alojaba con Morris, ¿verdad? —me dijo a través del resquicio de la puerta cuando ya salía—. ¿Sabe qué ha sido de él?

—Ha perdido la cabeza —contesté. Santo cielo, aún me duraba la histeria.

Había razones sobradas para que así fuera. Le buscaras por donde le buscaras la lógica al asunto, siempre te encontrabas con algo absurdo cortándote el camino. Un grupo de gamberros asesinos disfrazados de hombres lobo asaltando el pueblo por la razón que fuera. Bien. *Pero tienes que partirles el corazón para matarles. Mal. Muy mal.*

Pretender llegar racionalmente al punto donde todo aquello se relacionaba con Jessy ya hubiera sido demasiado.

Como no quería acabar mis días encerrado en una celda

acolchada, dejé de pensar y me puse en marcha. Pero tenía la molesta sensación de que había algún detalle importante que se me escapaba.

Al final del camino, en lo alto de la loma, el castillo estaba a oscuras y en silencio. La puerta principal, entornada, como invitándome a entrar. Cuando yo me fui hacía tan sólo unas horas (y, como se suele decir, parecía que hubieran pasado años), estaba cerrada.

Tuve que echar mano de todas mis agallas para decidirme a entrar. *Espera a mañana, a la luz del día, a la Guardia Nacional,* me decía el instinto de conservación. *Mañana será tarde. Todas las pistas se habrán borrado,* contestaban la lógica y la experiencia.

Sentí como si me introdujera en la enorme boca de un monstruo hambriento cuando traspasé el umbral.

Avancé casi de puntillas, con los nervios más tensos que las cuerdas de la raqueta de Boris Becker. Cualquier sonido brusco me habría hecho batir el récord mundial de salto de altura y liarme a disparos con la oscuridad.

Pero no fue un ruido brusco lo que oí. Todo lo contrario: Hasta mis oídos llegó un tenue y lejano rumor de risas y conversaciones. Tan tenue y tan lejano que pensé que tal vez se trataba de alucinaciones auditivas.

Recorrí toda la planta baja. El rumor persistía. Venía de arriba. Hice un descubrimiento al entrar en una sala y encontrar un montón de disfraces de hombre lobo cuidadosamente plegados y apilados.

Subí al primer piso. A medida que ascendía, el murmullo ganaba en intensidad. Entre las voces, distinguí el *clink* inconfundible de copas al brindar.

¿Una fiesta? ¿Y qué celebraban?

Me aventuré por un pasillo. Si no temblaba, me faltaba muy poco.

De pronto, se abrió una puerta. Yo di un respingo y apreté un poco el gatillo de mi escopeta de cañones recortados. Me detuve al ver que era una mujer quien salía de la habitación. Una luz difusa, procedente del interior, la iluminaba.

—Oh, por favor, no necesitas el arma —dijo suavemente—. Ven, acércate.

Dioses, qué hermosa era. Con su mata de pelo rubio peinado a la última moda y su vestido de seda negra. Y qué dulce. Tenía una sonrisa capaz de apaciguar a las fieras, de convertir en poetas a los más despiadados asesinos.

—Estás muy cansado. —Y su voz era como el susurro de la brisa entre los árboles—. Bebe de mi copa —con un grácil movimiento extendió el brazo para ofrecerme su copa de plata.

A mí se me había hecho un nudo en la garganta. *La amaba para siempre.* De repente, me sentí retroceder a esa época de la adolescencia en la que nos enamoramos con una mirada.

Y, muy en el fondo de esa espiral hipnótica, el instinto de conservación, y la lógica, y la experiencia se ponían de acuerdo para encender todas las luces rojas de alarma y gritar *cuidado* a coro, pero yo no oía esas voces. No quería oírlas.

Acepté su copa. La llevé a mis labios con una mano temblorosa, sin mirar su contenido. Ella sonreía y yo era feliz porque estábamos juntos. Bebí.

Todo fue muy rápido. Notar el gusto a sangre. Escupir. Oír su carcajada salvaje. Alzar la vista y verla convertida en *otra cosa.*

La boca completamente abierta. Los labios lívidos. Colmillos enormes, blancos como el marfil, asomando sobre ellos. Y sus ojos, rojos y opacos al mismo tiempo.

Había visto unos ojos como ésos en la serrería.

Me llegó una vaharada de aliento fétido, que olía a rosas marchitas y tierra húmeda, y también a podredumbre. Esquivé su embestida, la empujé. Me lancé en plancha al suelo y recuperé la escopeta. De repente, comprendía muchas cosas.

Vampiros.

Saltó de nuevo sobre mí. Disparé los dos cañones a bocajarro. La andanada la golpeó en el vientre, empujándola hacia atrás. *Ahí, no, tenía que haberle dado en el corazón,* pensé.

Gritó de rabia. Su rostro se convulsionó en una mueca de odio y frustración.

Yo solté la escopeta y eché a correr. Hay cosas con las que nadie está obligado a enfrentarse.

Vampiros.

Por eso no servían las balas de plata, por eso el «hombre lobo» con el que luché no murió hasta que la sierra mecánica le partió en

dos el corazón.

Y quizá por esto quedó aturdido cuando de improviso le dio la luz en los ojos al pretender poner en marcha la máquina.

En una especie de *flash,* mientras corría, recordé un acontecimiento que me parecía ya muy lejano: Los esquiadores obligándome a soportar la luz de un foco en los ojos en el camión. ¿Tenía esto alguna relación directa con lo que ahora estaba sucediendo? ¿Era Norman Gilbert un vampiro?

No pude seguir reflexionando. En mi carrera, llegué a la antigua capilla del castillo, el lugar donde Morris me dejó K. O. Las puertas estaban abiertas de par en par. Y, en su interior, la fiesta que había oído.

Cuarenta o cincuenta personas, todas vestidas de noche, todas muy elegantes. Y todas muy pálidas, a la difusa luz de lámparas con pantallas. En el centro de la nave, había una mesa sobre la que se hallaban varios cadáveres desnudos. Allí llenaban sus copas, adiviné. Algunos de los cuerpos correspondían a gente del pueblo. También reconocí a alguien que en vida se había llamado Norman Gilbert.

Todas las caras se habían vuelto hacia mí. Sin miedo, sin alarma, sólo con curiosidad. Me pareció reconocer a varias personas. Un importante banquero. Un influyente político. Varios actores. Una cantante *rock* de moda. Y un abogado… Jacob Schulman. De pronto, recordé dónde había visto al tipo de la serrería. Era uno de los policías que llegaron con él después del asalto a la granja.

—¡Indiana James! —tronó su voz. Y se rió—. ¡Indiana James!

Fue como si hubiera sonado el cuerno de caza que da inicio a la batida. De inmediato, todos dejaron lo que tenían entre manos. Los grupitos se deshicieron, las parejas se separaron, incluso los que estaban ocupados haciendo sangrar los cadáveres se olvidaron momentáneamente de los placeres de la bebida.

… Y se lanzaron en masa hacia mí. Como en un juego. *A ver quién le muerde primero.*

Yo ya corría. Esquivé con una finta a mi ya antiguo amor, la rubia, que me venía de cara, y me lancé a una alocada carrera a ciegas.

Schulman, pensaba. Jacob Schulman. El y su fantasiosa historia de Los Peregrinos del Extasis. Me había engañado como a un

imbécil. Y yo, pobre cretino, le había salvado de recibir el impacto de una granada en el corazón. Algo que realmente le hubiera hecho daño.

Y también, mientras huía, quizá para no pensar en lo que me ocurriría cuando me cogieran, pensaba en Jessy. ¿Por qué ese interés por la niña? ¿Qué tenía, que fuera importante para ellos?

Atravesé pasillos y salones. Me perdí, por supuesto, no podía ser de otra manera. Al cabo de un rato, ya no corría en línea recta: Avanzaba, retrocedía de dirección a medida que los vampiros aparecían inesperadamente por puertas o corredores, cortándome el paso.

De alguna manera llegué a la galería sobre el patio de armas del castillo. Simultáneamente, hice dos descubrimientos.

Uno, vagamente alentador. Había cuatro helicópteros «Carrier» de transporte de tropas posados sobre la nieve del patio, cinco metros más abajo. Consolaba un poco pensar que habían tenido que usar medios de transportes convencionales para llegar hasta el castillo, desde dondequiera que vinieran.

El segundo descubrimiento preferiría habérmelo ahorrado. Porque cuando estaba en el centro de la galería vi a un grupo de vampiros apareciendo por la puerta del otro extremo. Sumando a éstos los que tenía detrás y el hecho de que la galería no tenía ningún otro acceso, se obtenía un resultado francamente desalentador para mí.

Me quedaba la salida de tirarme de cabeza al patio, claro. Quizá sería lo más indoloro.

En vez de esto, y por aquello de que la esperanza es lo último que se pierde, me subí a la balaustrada, me deslicé por ella y descendí apoyando los pies en una de las gárgolas que colgaban sobre el patio de su base.

Luego me dejé caer. Quedé agarrado con los dos brazos al cuello de la gárgola, con las piernas al aire.

—¿… Y ahora, señor James? —Jacob Schulman me contemplaba sonriente, apoyado en la barandilla, rodeado por un grupo de vampiros que se iba haciendo más numeroso a medida que llegaban los rezagados. Ya no tenían prisa. La presa no podía escapar.

Oí un rumor de pasos sobre la nieve abajo, en el patio. Algunos de los vampiros habían decidido esperarme allí. Perfecto. The End.

Se acabó. Adiós.

—Bueno, tenía la vaga idea de dejarme caer al patio y robarles un helicóptero si no me rompía todas las vértebras en el salto, pero no contaba con ese comité de bienvenida —dije, esforzándome por aguantar el tipo. Entre morir de pie y morir de rodillas, la elección no tiene mérito.

Schulman se inclinó y tendió un brazo hacia mí:

—Le ayudaré a subir —dijo con voz melosa—. Una vez me salvó la vida.

—Puede agradecérmelo de otra manera.

—Ah, ¿cómo? —preguntó con curiosidad.

—Deje libre a Jessy. Suéltela. Es sólo una niña.

El tono de Schulman se endureció:

—Jessica Gilbert ha sido su gran error, señor James. El que le ha conducido a esta situación tan poco ventajosa. Usted trajo a la niña a Nazareth en vez de entregármela como habíamos acordado —decidí que no valía la pena recordarle que no habíamos acordado nada. El me había hecho una oferta y yo ni siquiera le había dado una respuesta. Schulman prosiguió—: No la tenemos en nuestro poder por su culpa. Ahora ya no importa demasiado, pero eso podría habernos acarreado gravísimos contratiempos.

—*¿Que no la tienen ustedes*? Entonces, ¿dónde está? —Había olvidado que Schulman no acostumbraba a responder preguntas.

—Ese imbécil de Morris actuó precipitadamente. Quiso traérmela en medio de la noche y la tempestad, se empeñó en hacer méritos cuanto antes mejor, en vez de limitarse a matarle a usted y encerrar a la niña hasta que pudiera comunicarse conmigo. El no podía saber que nos dirigíamos a Nazareth, pero de todas formas, actuó penosamente. —Bufó, despectivo—: No se puede confiar en los humanos. Siempre acaban fallándote. Como Norman Gilbert, como tantos otros.

Un rumor de frases de aprobación subrayó sus últimas palabras. Schulman les acalló con un gesto.

—Si alguno de los invitados lo desea, puede bajar y liberar a la gárgola de ese peso muerto —anunció.

Hubo superávit de voluntarios. Varios de ellos empezaron a encaramarse a la balaustrada y yo empecé a meditar mi última frase.

Vi rostros lívidos acercándose, bocas que se abrían, colmillos que asomaban. Dioses.

Entonces, cuando ya más de una mano me rozaba el hombro y yo pensaba en dejarme caer al patio y suplicaba mentalmente a quien correspondiera que el golpe me matara rápidamente, se oyó el sonido de un motor. El motor de un helicóptero que se acercaba.

Supe que no se trataba de nuevos invitados a la fiesta, cuando vi las expresiones en los rostros de los vampiros. Volví la cabeza.

El helicóptero en cuestión descendía a toda velocidad entre la ventisca, con el morro inclinado y un gran foco que proyectaba su haz de luz directamente hacia el patio.

Los vampiros no podían soportar la luz intensa y directa a los ojos. Eso era algo que yo ya sabía. Y, al parecer, los que venían en mi ayuda también lo sabían.

Durante unos instantes, los vampiros protagonizaron una escena de confusión total. Algunos retrocedían hacia el interior del castillo, otros se tapaban la cara con las manos, todos gemían rabiosos.

Muy bien, pensé yo. Allí estaba el Séptimo de Caballería, justo en el último momento. Pero ¿cómo me sacarían de allí?

—¡Id a buscar armas! ¡Son ellos! ¡Hay que derribarlos! ¡A sangre y fuego! ¡Vamos, vamos, vamos…! —Distinguí la voz de Schulman entre la algarabía y el roncar del motor del helicóptero.

El helicóptero llegó hasta el centro del patio, luego avanzó unos metros hacia *mi* gárgola y quedó suspendido en el aire a una distancia prudencial. Era un «Kobra» de asalto, mucho más pequeño y ligero que los «Carrier» del patio. Aun así, las turbulencias que formaban sus aspas casi me mandaron volando por los aires. La luz de su foco era tan intensa que incluso yo tenía que guiñar los ojos.

Giró un poco hacia un lado. Se abrió una puerta y distinguí la silueta de un hombre. Tenía un rollo de cuerda en las manos. Comprendí.

No podía hacerles perder ni un segundo. Si lo hacía, daría tiempo a que los vampiros empezaran a hacer uso de sus armas. Ningún blanco más fácil que el helicóptero que tenían prácticamente ante sus narices.

Abajo, yo solté un brazo de la gárgola. Arriba, en el helicóptero, el hombre lanzó la cuerda.

Manoteé desesperadamente en el aire, pensando que no llegaría

a atraparla, que me faltaría un centímetro, que la rozaría con los dedos y se me escaparía, y con ella mi última oportunidad.

El que la había lanzado sabía lo que se hacía: La cuerda rebotó contra mi cuerpo. Solté la otra mano y me abracé desesperadamente a ella. Aquélla era una novia que no podía permitirme dejar escapar.

Por breves instantes, me columpié como Tarzán sobre el patio de armas. Me pareció ver brillar algunas armas en la galería.

Cuando el helicóptero remontó el vuelo, casi en vertical hacia arriba, el tirón de la cuerda casi me arranca los brazos de cuajo. Resistí. Nos elevamos a velocidad de vértigo, entre una lluvia de balas que llegaban una fracción de segundo más tarde a su cita conmigo y con el ingenio mecánico.

En pocos segundos, el castillo se convirtió en una cosa pequeñita a mis pies. Seguimos ascendiendo y me pregunté a qué venían tantas prisas, una vez habíamos escapado del área de tiro.

La respuesta no se hizo esperar. La más contundente de las respuestas posibles, por cierto.

El castillo estalló en mil pedazos.

No hay otra forma de explicarlo: Voló fragmentado instantáneamente, golpeado por la fuerza de una carga explosiva cien veces superior a la que hubieran usado los profesionales de una empresa de demolición si les hubieran encargado el trabajo. Ciertamente, contra seres excepcionales, se imponían medidas excepcionales.

Después de esto, el helicóptero empezó a descender hacia un descampado. Salté sobre la nieve cuando estuve a un metro del suelo. Por un momento pensé que el helicóptero remontaría el vuelo y me quedaría sin saber quién me había salvado.

Pero, no. También el «Kobra» tomó tierra. Se abrió la puerta y de él saltó una figura que vino corriendo a mi encuentro.

Dioses. Aquel tipo llevaba un atuendo de esquiador que yo ya conocía. Y también le reconocí a él, a pesar del gorro, las gafas, un pasamontañas y toda la parafernalia cuando se detuvo ante mí.

—Lo teníamos todo cronometrado —dijo Ojos Grises a modo de saludo. Y me tendió una mano enguantada. No vi ninguna razón para negarme a estrechársela—. No pongas esa cara, Indiana. Todavía no han acabado las sorpresas.

—Lo siento —objeté—. Ya nada puede sorprenderme.

—Antes de todo, quiero decirte que Jessy está con nosotros, y en perfecto estado. Llegamos justo a tiempo para evitar que ese tipo, Morris, se la entregara a los vampiros —explicó Ojos Grises. Y agregó—: Jessy no se asustó cuando vio lo que vas a ver ahora, Indiana. Permanece tranquilo. No te haré ningún daño.

Se quitó el anorak, los guantes, las gafas, el gorro, el pasamontañas y dos jerseys y dos camisetas térmicas que llevaba. Confieso que pensé que se había vuelto loco. Había quedado semidesnudo en medio de la tormenta.

Y, de pronto…

—¡Dioses, no es posible…! —exclamé.

Pero lo era. Lo estaba viendo. El pelo, brotando y creciendo por toda la piel de Ojos Grises, los músculos que parecían hincharse, las manos que se deformaban y se convertían en garras…

Hasta aquí llegué. No vi el resto del proceso: Me desmayé. Supongo que ya empezaban a ser demasiados sobresaltos para lo que iba de jornada.

Desperté en otro lugar. Pero también había una explanada cubierta de nieve, y muchos helicópteros y otros vehículos, y un ambiente de partida.

—Ése es el efecto que obran los cambios bruscos de temperatura sobre nuestro cuerpo —me explicó Ojos Grises, como si no hubiera pasado ni un minuto. Había recuperado su aspecto normal—. En realidad, es el organismo adaptándose al frío, defendiéndose de él. Por eso tenemos que ir con mucho cuidado cuando salimos a la civilización. Sólo con ropa adecuada podemos permitírnoslo, y aun así… De hecho, nos vemos obligados a vivir en lugares remotos y casi inaccesibles, protegidos por nuestra propia leyenda.

—Pero ¿por qué a vosotros os ocurre y a mí, por ejemplo, no?

Entonces me contó una historia casi increíble. Me habló de una guerra en un lejano planeta, diez siglos atrás. Los supervivientes llegaron en varias naves a la Tierra. Había dos razas, que correspondían a los dos bandos de la contienda.

—… para que me entiendas: Los vampiros y los hombres lobo. Ellos tuvieron suerte; por sus características físicas podían adaptarse sin muchos problemas al medio. Sus problemas, con la luz los disimulaban alegando hipersensibilidad, o fotofobia o, más

recientemente, recurriendo a gafas de sol. Durante siglos, se han dedicado a infiltrarse en las estructuras de poder y a tratar de exterminarnos por completo a nosotros.

Empezaron a partir helicópteros, cargados con hombres y mujeres vestidos de esquiadores. Ojos Grises señaló la montaña que teníamos ante nosotros.

—Está completamente horadada —explicó—. Nos ha servido de refugio desde principios de siglo. Ahora tenemos que marcharnos. Los vampiros se disfrazaron y arrasaron Nazareth Way, cuidándose mucho de dejar algunos supervivientes como testigos, con el único objetivo de provocar una intervención de la Guardia Nacional.

—¿Y adónde iréis?

No quiso contestar a esta pregunta. Subimos al último de los helicópteros. Jessy iba con nosotros. Pregunté que qué tenía que ver ella en aquella historia.

—Mucho. Sus abuelos eran de nuestra estirpe. Su madre, por tanto, también, aunque ella no lo supo hasta más tarde, porque se perdió de pequeña, fue recogida por una familia y jamás experimentó la Mutación. Nosotros la necesitábamos para estudiar los cambios genéticos que se habían producido en su cuerpo. Yo mismo acabé encontrándola. Hablé con ella, y le pedí que acudiera a la montaña para que pudiéramos examinarla. Me pidió unos días para pensarlo. Para entonces, ya estaba casada con Norman Gilbert y tenía a Jessy: Cometió el error de contárselo todo a su marido…

… simple cuestión de mala suerte, porque su marido trabajaba para Schulman, pensé yo.

—Schulman y Gilbert empezaron a hacerle demasiadas preguntas, debió sorprender alguna conversación entre ellos…, el caso es que decidió esconder a Jessy, porque también por sus venas corría nuestra sangre. —Bajó la voz para que no nos oyera la niña—: Jamás quiso revelarles su paradero, ni siquiera cuando recurrieron a las torturas. De hecho, al final la tenían prisionera en la granja. Nosotros intentamos liberarla. Cuando vieron que íbamos a conseguirlo, la mataron ellos mismos.

—¿Y os ha servido de algo, estudiar a Jessy?

—Hemos recogido todos los datos y todas las muestras necesarias para los pertinentes análisis. Si de ello sacaremos algún beneficio, no podemos asegurarlo, pero tenemos muchas

esperanzas. Ahora ya no la necesitamos. Es mejor que lleve una vida normal, entre gente normal.

Comprendí lo que quería decir. Tendría que hacerme cargo de ella. Por lo menos, hasta dejarla de nuevo en casa de los Vernon.

El helicóptero aterrizó para que bajáramos yo y la niña a una milla de Portland. Faltaban apenas un par de horas para el amanecer.

Yo estaba agotado físicamente y un poco confundido y apabullado por el alud de explicaciones. Jessy, en cambio, parecía muy despierta. Echamos a andar por la carretera mientras el helicóptero ganaba altura sobre nuestras cabezas.

—Algún día volveré a verles —dijo mirando al cielo. Y sonrió. Era la primera vez que la veía hacerlo.

Dioses, y era la viva imagen de su madre. Se me hizo un nudo en la garganta.

Hay historias que jamás deberían contarse, ya lo dije al principio.

Y ésta es una de ellas.

FIN



Los libros de esta colección estaban firmados con el seudónimo de Indiana James, pues se suponía que los escribía el personaje. Detrás de ese seudónimo, en algunos sitios de la Web dicen que se escondía Juan José Sarto, y es cierto, pero no es toda la verdad. Los libros estaban escritos, por así decirlo, a cuatro plumas. Sí, es extraño el caso, y pienso que es algo muy interesante pues no creo que se haya dado este caso en más ocasiones en el mundo del bolsilibro. Cuatro autores, con muchas tablas a sus espaldas, se escondían tras el seudónimo: Juan José Sarto, Francisco Pérez Navarro, Jaime Ribera y Andreu Martín.

Estos cuatro escritores, que ya venían del mundo de la historieta y del
TBO,
se lo pasaban en grande escribiendo estas locas aventuras. Según Francisco Pérez Navarro, se reunían, hacían una especie de lluvia de ideas, y luego uno redactaba la novela y otro la corregía, y así se iban turnando cada vez. Según me cuenta el propio Andreu Martín, en los comentarios a esta entrada, se reunían siempre en un bar llamado Esterri para idear las aventuras de nuestro querido Indiana James. Las historias enlazaban de un número al siguiente. Las dosis de humor nunca faltaban. En las historias, todo el mundo confundía

a Indiana James con «el de las películas», y él siempre tenía que explicar que no se llamaba Indiana por él, sino porque corrió las 500 millas de Indianápolis. Estos cuatro amigos, se llamaban a sí mismos los Narradores Asociados, y en los otros bolsilibros que publicaban, se ponían seudónimos que empezaban por
N y A,
para hacer honor a este grupo.

Fernando Guijarro, también escribió algunos números de Indiana James, aunque él lo hizo solo, debido a que los otros escritores estaban todos en Barcelona, pero él estaba en Granada. Los números que escribió él:

- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - Judy con esquís en los diamantes.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 36 - Esto no es el cine, chico.
- 37 - ¡Viva Siva!
- 38 - En el nombre de Alá, por zona caliente.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

La serie de Indiana James, se encuadraba dentro de la colección Grandes Aventuras, de Astri. Dicha colección constaba de 54 números, entre los que había 46 números de Indiana James. Jaume Ribera y los otros autores sólo escribieron hasta el número 34 de esta colección; por lo que sigue siendo un misterio quién o quiénes escribieron el resto de números de Indiana James. Hay 8 números que tienen otros protagonistas: Ranko, Cocodrilo *Dandy*, Aniquilator, Brigada Antivicio, Colores de Violencia y Los Intocables de Chicago. Estos bolsilibros con otros protagonistas de la Colección Grandes Aventuras de Astri, fueron escritos por Juan Gallardo Muñoz (Curtis Garland).

Listado de la colección:

- 1 - Hong Kong *rock*.
- 2 - El diente de perro.
- 3 - La maldición de los 1000 siglos.

- 4 - El panteón flotante.
- 5 - En busca de la prehistoria.
- 6 - El tesoro de Gardenfly.
- 7 - Ojo por diente.
- 8 - Locos de atacar.
- 9 - La amenaza invisible.
- 10 - El tren de carretera.
- 11 - Ayer, hoy y mañana.
- 12 - Razones de estado.
- 13 - Un autobús muy… espacial.
- 14 - El filo del aullido.
- 15 - Camelo-T.
- 16 - Séptimo hijo de séptimo hijo.
- 17 - Recuerde el arma dormida.
- 18 - Cosecha negra.
- 19 - Los hijos del átomo.
- 20 - Desafío a las estrellas.
- 21 - El viejo de la montaña.
- 22 - Electra es una cruel amante.
- 23 - Judy con esquís en los diamantes.
- 24 —*Rally* Beirut… ¡Muerte!
- 25 - Vacaciones, malditas vacaciones.
- 26 - Doble… o sencillo.
- 27 - La herencia de Rickenbauer.
- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - El despertar de la bestia.
- 30 —… Y los sueños, sueños son.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 34 - Aventurero o escritor.
- 35 - Kali no es Kali.
- 36 - Este no es el cine, chico.
- 37 - En el nombre de Ala, por zona caliente.
- 38 - ¡Viva Siva!
- 39 - El engendro.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

- 41 - Duende sobre aguas turbulentas.
- 42 - Las flores del mal.
- 43 - ¡Peste de pasta!
- 44 - Aniquilador.
- 45 - Los intocables de Chicago.
- 46 - Invierno en el infierno.
- 47 - ¡Ranko!
- 48 - Cuestión de principios.
- 49 - Risa de difuntos.
- 50 - Las mil y una dachas.
- 51 - Contra los dioses del odio.
- 52 - El Tesoro del sol naciente.
- 53 - Colores de violencia.
- 54 - Brigada antivicio.

Información extraída de: http://reinosdemiimaginacion.blogspot.com.es/

Notas

[1] «The Frozen Birds», en inglés: «Los Pájaros Congelados». < <

[2] Véase «Ojo por Diente», en esta misma colección. < <

[3] «Jackdaw», en inglés, significa «grajo». < <